

## EL MATADERO

### Campo en la ciudad

Al hombre no lo vi, pero la punta de una bota estribada empujó la puerta por donde asomaron un poncho colorado y la voz del resero que sin desmontar pidió una ginebra en el bar de Mala Cría.

En realidad se llama Malaquíás este español que ha de haber nacido con el siglo y creció en Mataderos, pero a sí mismo se nombra Mala Cría en la jarana de las cosas que cuenta y el respeto de los hombres a quienes sirvió en estas mesas: Lalor, Duhau, Alvear y De la Torre y los gerentes de los frigoríficos, incluso "el viejo Swift", aunque para éste no falte un descreído y hasta un guaso.

En plena ciudad el asfalto da un hombre de a caballo y otro hombre de cuchillo, que en un tiempo fueron uno solo, que nació y murió en el campo. El hombre de cuchillo ha dejado de ver el sol o la neblina, mientras a su alrededor rugen los cuatro pisos del frigorífico, pero el jinete sigue libre y su grito es el de siempre —¡jo, jo, joooh!— mientras pecha y aparta la hacienda en las treinta hectáreas cubiertas de corrales blancos y calles barrozas o polvorientas que forman el mercado de Liniers.

Hasta el año 30 se faenaba aquí mismo. "Se enlazaba el novillo", recuerda un viejo, "se tiraba con una soga el brete y se trabajaba en el suelo".

Alrededor de las playas de matanza crepitaban las parrillas, donde porteños noctámbulos acudían en la madrugada a comer achuras extraídas de reses todavía humeantes. Entre los desolladores agachados andaban con sus latitas los mucangueros, recogiendo desperdicio de sebo y de tripa que vendían por ahí. El más famoso se llamó Justo Suárez, y las trompadas que dio y el amor desgraciado y el derrumbe de su vida siguen imborrables en la memoria de las gentes.

—Lo estoy viendo —dice desde lo alto de su caballo, Florencio Novoa—, un muchachito descalzo, antes de ser lo que fue, que todos saben qué fue, y que para nosotros sigue siendo.

Otros lo recuerdan a Justo haciendo guante en el "Coraje Bosindú", midiéndose con su hermano El Molino "que era tan bueno como él", y después en la hora de su triunfo, cuando paró frente a la Recova del Matadero en un auto, que parecía un incendio porque era todo colorado.

Pero Justo pasó, con las parrillas, mucangueros, viejas playas de manzana. Ahí no más al lado surgió el Lisandro, que no se llamaba así, porque don Lisandro de la Torre estaba vivo y dando esa gran batalla que iba a perder y ganar aunque no esté terminada de ganar.

Desde entonces, de la vaca se aprovecha hasta la bosta, y los pelitos de la oreja, que sirven para hacer pinceles.

### Reseros todos

El resero se salvó, aunque no en el monumento de bronce que contempla con ceguera la Avenida de los Corrales, no en las monedas de diez pesos que lo muestran, el caballo al paso, el poncho arrugado y desteñido por las lluvias y los soles. Mireló, si tiene la moneda: ese hombre traía un arreo, y las últimas tropas que llegaron por arreo han de ser del 35 según los memoriosos, según don Carlos Matteri, mayordomo del Mercado, cuyo padre fue mayordomo del Mercado, cuyo abuelo fue mayordomo del Mercado, y que nació aquí mismo en la Recova. Después vinieron los camiones.

Se salvó, aunque a medias, en esas treinta hectáreas que al fin apenas dan para un galope. Contentos de llamarse reseros, desde patronos millonarios hasta simples mensuales y algunos ingleses que compran para los frigoríficos. Pasan criollos nuevos y viejos de poncho y de sombrero oscuro, chiquilines de blue-jeans y chaquetas de cuero, indescritos sombreros tejados y hasta guardapolvos de almacenero. Debajo hay un recado, a veces una silla, y debajo hay un caballo, y por delante hay un trabajo. "Porque ésta", dice Florencio Novoa, "no es una escuela de equitación, es una escuela donde se aprende a trabajar a caballo, que es una cosa diferente".

Quinientos camiones descargan diariamente veinte mil animales en los muelles que dan a la Avenida del Trabajo. Vienen de las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Córdoba, La Pampa. En la madrugada la enorme tropa de todas las razas y pelajes humea, muge, huele. Recibir el ganado en los muelles, conducirlo al corral del consignatario que ha

de subastarlo, no dejar que las tropas se mezclen, pesar y pesar a prueba: es un trabajo sencillo, "para la gente que está acostumbrada".

### La persona...

Entre casillas más o menos modestas y mordidas por el tiempo, las oficinas de Pedro y Antonio Lanusse tienen pinta de chalet inglés. Aquí donde cada uno exhibe su historia y su orgullo, el de esta familia que gobierna la firma consignataria más poderosa del país arranca de 1872 y se prolonga en la sonrisa juvenil con que Ricardo Lanusse (h) dice:

—Aquí en novillos, Lanusse es número uno.

—¿Dónde está el secreto?

—En el trato personal.

Unas 3.500 cabezas llegan diariamente a los corrales de Lanusse, donde trabajan cinco martilleros de la familia.

—Hay gente que nos consigna desde hace cincuenta años, sin conosernos, porque sabe que a las cinco de la mañana estamos defendiendo su plata.

Un resero hace mover los novillos para demostrar que están en buen estado. La campana que llama al remate ha empezado a sonar y de lejos o de cerca, al tranco o al galope, acuden los compradores.

### ...y el ojo

—A ver, cuánto valen los novillos, cuatrocientos tres kilos, rápido Armando, cuánto valen esos overos negros. Che, piensan comprar, o me vinieron a mirar, ¿cómo es el asunto? Cuatrocientos tres kilos. ¿Valen 58 pesos los novillos? ¿Valen cinco, ocho? Vamos, muchachos, dejen la radio, vamos al remate.

Desde lo alto de la pasarela que domina el corral, el rematador hace sonar en vano el martillo frente al semicírculo de jinetes que sonríen con cara estática y burlona, mientras pegan el oído a las radios a transistores de largas antenas. Pero no escuchan música. El transmisor-receptor los mantiene en contacto con su oficina, que les pide novillos o vacas, consumo o conserva, y recoge de ellos las cotizaciones de cada remate.

Alfredo Gilbert, hijo de ingleses, ojos azules y fina ropa campera,

introdujo allá por 1955 el walkie-talkie, que niveló las cotizaciones en los distintos sectores del Mercado, donde se realizan subastas simultáneas.

Hoy nadie quiso los overos negros:

—Entonces vendo los del fondo, los del corral catorce, ahí tienen treinta y seis novillos, quinientos kilos la prueba. ¿Cuánto vale el novillo? ¿Vale sesenta y dos? ¿Seis dos vale? Quinientos kilos. ¿Sesenta vale?

Alguien dijo que sí con un imperceptible movimiento de cabeza, y empezó la puja.

—Sesenta, y con diez —tronó el martillero—, con diez y con veinte, con veinte y con treinta, con treinta cuarenta, cuarenta medio, medio sesenta, setenta, ochenta noventa, ¿noventa me dijiste, Echegaray? Sesenta y un pesos, uno con veinte, uno y medio, medio sesenta, setenta ochenta, noventa dos, dos y con diez, ¿seguro que no, Negro? Sesenta y dos y se va.

Se fue. Quinientos kilos a sesenta y dos: 31.000 pesos el novillo.

¿Por qué éstos y no aquéllos? ¿Qué necesita un comprador, Mr. Gilbert?

Mister Gilbert sonrío, cuarenta años de Mercado a la espalda:

—L'esperienza —dice.

Que es el ojo.

—El ojo para el kilaje, señor —explica José Sicardi, capataz de la casilla de Gibson hermanos, siglo y medio de consignatarios en el país—. Porque un novillo de 380 kilos para abajo vale cinco pesos menos que uno de 381 kilos, así que usted tiene que estar calculando los tres o cuatro kilos de diferencia, y ése es el ojo del capataz de casilla.

—Pero vea —exagera un resero—, si acá hay gente que en una tropa de doscientos animales, al primer golpe de vista le están apartando los tres que pesan menos que los otros ciento noventa y siete...

Cinco sextas partes de la entrada diaria de vacunos vuelven a salir en camiones con destino a frigoríficos centrales, mataderos y pequeñas fábricas del Gran Buenos Aires. Los tres mil restantes ingresarán a los corrales de la CAP, pasarán por el baño de una pileta, empezarán a subir la oblicua rampa de cemento que conduce a la playa de vacunos en el cuarto piso del Lisandro de la Torre.

—Cuando el viento sopla de esa dirección —cuenta un resero— los animales no quieren subir.

De esa dirección, parece, les llega el olor de la sangre.

## La faena

Sobre unas rejillas de alambre, unos huesitos desnudos, pulidos y blancos están secándose a setenta grados en la planta baja del frigorífico. Hace ocho horas formaban el pie de una pata, que estaba viva y caminaba, y sobre ella doscientos a quinientos kilos de animal jadeante, avanzando bajo la picana eléctrica por el último brete.

El lugar donde realmente empieza el matadero es la plataforma elevada en que un largo martillo de tres kilos, manejado por un hombre sudoroso y desnudo de la cintura para arriba, cae por turnos sobre la cerviz de los cuatro o cinco animales, tras los que se ha cerrado la compuerta.

El *toc* del golpe se pierde casi en el fragor de la fábrica: pero es un ruido que no se olvida. El ojo del hombre ha buscado en el tumulto el lugar exacto en la cabeza, que se mueve entre cuatro paredes de metales, los dos brazos se han alzado y uno sólo alcanza a ver la estría de acero en el aire y el animal que se desploma. Una puerta lateral se abre y la carga de vida agonizante o atontada cae desde dos metros de altura sobre el cemento.

El maneador con botas de goma y casco de acero que la espera en el piso verde de vómito, bajo la luz amarilla del sodio, ejerce el oficio más peligroso del matadero: ceñir un gancho alrededor de la pata, antes que caiga el contrapeso del guinche que alzarán el animal en vilo. Alguno que parecía muerto se empinará de golpe como una masa ciega, y el hombre deberá pedir martillo a sus compañeros. Si yerra el golpe, habrá corridas y chistes en la playa. No hace mucho, una vaca saltó un brete, embistió un ventanal, se precipitó al vacío.

—Se suicidó —comentaron.

Inerte o pataleando todavía, el animal se incorpora a la hilera de reses colgadas de los ganchos de la noria, una cinta sinfín que circula a razón de doscientas por hora. A pocos metros de distancia, un golpe de cuchillo y un chorro de sangre grueso como un brazo, señalan el puesto del degollador.

## Con los obreros en la noria

Bañador, cabecero, garreador de mano, volteador, rajador de pecho: unas treinta especialidades alineadas a lo largo de la noria, van a convertir la res en carne ganchera.

El matambrero es la cumbre de un oficio que suele heredarse, suma y síntesis del hombre de cuchillo. Recibe el animal, ya despojado de la cabeza y las manos y volteado sobre un catre (plataforma baja de madera), y con unas pocas pasadas rápidas, baja el sesenta por ciento del cuero.

Diez o doce catres alineados en cada una de las norias gemelas señalan otras tantas dotaciones, donde el matambrero trabaja agachado, un cuchillo en la mano, en la cintura otro y una chaira de afilar: a veintidós vueltas por hora, menos de tres minutos por res.

—Ha de quedar todavía en playa alguno de los que llamaban cortadados.

Pero no quedaba más que el recuerdo de un diálogo que pudo ser veinte años atrás:

—Che, Tito, cortame un dedo.

—¿Cuántos días querés?

A pedido, el cuchillo abría un tajo impresionante, inofensivo: media semana de licencia. Hoy un corte de esa especie es sancionado con "tarea liviana".

—Imaginé, que a uno lo manden a barrer —dice este hombre oscuro y pausado, orgulloso de una vieja artesanía—. Sería un desprestigio.

Después del matambrero y el garreador de pata, el balancinero vuelve a encarrilar el novillo en los rieles de la noria. Cuartero, anquero, colero, tirador de garra, cogotero: cada especialista va completando el desollado hasta que el cuero se desprende intacto y cae por un tubo a la planta baja para ser limpiado.

La playa hierve de vapores, palpita con el ruido isócrono de las norias, hormigüea de hombres de ensangrentados guardapolvos blancos sobre un piso legamoso a pesar de las mangueras, mientras las reses de color rosa veteadas de amarillo se deslizan a la sección despanzada. Tripas, mondongos, chinchulines caen por tubos a la sección menudencia. Los desechos van a grasería, la sangre a la planta anhidro. Nada se pierde: el frigorífico devora todo en una fabulosa digestión.

Pero ése es otro mundo y otra historia. Lo que ha quedado aquí, en las cámaras frías o el salón de ventas, son las medias reses limpias, revisadas por el veterinario, clasificadas por la Junta de Carnes. Su destino es la carnicería, en Buenos Aires, en Madrid, en Londres.

La faena de porcinos y de ovinos es la misma, más rápida. Los cerdos son ruidosos y duros: el martillo que los mata está armado de una clava. Las ovejas son estúpidas para morir, ariscas para entrar en los

bretes. Un borrego o carnero adiestrado hace punta y las conduce a la muerte. Después vuelve, repite, vuelve. Consumada la cotidiana traición, se queda quieto, torvo, casi cabizbajo contra la estacada. Es el señuelo, el entregador, el "guacho". No lo matan nunca, por supuesto, y siempre tiene nombre propio.

## Mataderos y su gente

Tellier es el frente antiguo, pudiente y orgulloso de Mataderos: una avenida ancha y arbolada. Murguiondo es la espalda, una sugestión de pampa en el paisaje chato y gris, salpicado de triperías, fábricas de jabón, saladeros, curtiembres, pequeños frigoríficos. Rodó muestra la mole del Lisandro, siempre coronada de un humo graso, maloliente. Alrededor está el barrio, quieto en su aura bravía.

—La gente se envejece acá. Y si acaso se ubica mejor en otro sitio, vuelve cuando puede.

¿Por qué? Es difícil de explicar. Difícil que lo explique este peón de limpieza que gana veinte mil pesos al mes por un trabajo que —admite— nadie elige por su gusto. Difícil que lo explique incluso un matambrero, máximo artesano, que puede llegar a cuarenta mil, mientras le dure la cintura. Pero se quedan, y se heredan en el oficio de padres a hijos, y se conocen por los motes que se pusieron desde chicos —*Berija*, el *Chiche*, el *Poroto*, el *Toruno*— "y cuando se prende un fuego y se juntan seis", dice Florencio Novoa, "si cuatro no son cantores y guitarreros, son los seis".

Así que algo ha de haber, algo que tal vez no entienda del todo el hombre del centro que, desde Esteban Echeverría para acá, proyectó en el hombre de cuchillo del suburbio prevenciones de violencia y de sangre que se disuelven apenas uno se para a conversar con él.

---

## FECHAS Y CIFRAS

El frente y la historia del Mercado de Liniers dan a la calle Tellier. Dos franceses, y los dos inventaron algo en función de las vacas de nuestro país, y murieron de mala muerte. Uno, el conde Santiago, fundó con su hermano una fábrica de "pastillas de sustancia" que debieron ser el antepasado remoto del extracto de carne, y eso ocurrió veinte años an-

tes que la Revolución de Mayo mandara fusilarlo. Otro, Charles Teller, dedicó a la Argentina el primer frigorífico, que era un barco, y en 1876 mandó al país la primera carne congelada, que venía de Francia. Lo tildaron de loco y murió en la miseria.

La construcción del Mercado —torre y recovas laterales— data del noventa en adelante. Empezó a funcionar en 1900 y se inauguró oficialmente en 1901. Reemplazaba a los corrales viejos del Parque Patricios.

En el año 1966 entraron en el mercado 4.160.000 vacunos y 1.560.000 porcinos. Para 1967 se prevé una entrada récord de cinco millones de vacunos, con un total de ventas superior a los cien mil millones de pesos. El 73 por ciento de la hacienda llega en camiones, el resto en ferrocarril. La raza que predomina es el Aberdeen Angus (40 por ciento). Venden en el mercado ciento veintiséis consignatarios. Las ventas equivalen al 40 por ciento de las que se realicen en todo el país. Compran en el mercado trescientos cincuenta abastecedores y veinte frigoríficos. Trabajan por cuenta del mercado unas seiscientas personas, y alrededor de cuatro mil por cuenta de consignatarios y compradores.

El Mercado es organismo descentralizado de la Secretaría de Agricultura y Ganadería. Se sostiene con recursos propios y percibe, como retribución de servicios, el 0,6 por ciento de cada operación.

Es el centro concentrador más grande del país (se afirma que por el volumen de operaciones es también el mayor del mundo, no así por la extensión: el de Chicago tiene 200 hectáreas) y el regulador nato de todas las cotizaciones.

El frigorífico Lisandro de la Torre, contiguo al mercado, fue construido en 1929 y pasa por ser el más grande del mundo. Cambió varias veces de manos (municipal, nacional, nuevamente municipal) hasta que en 1960 lo adquirió la Corporación Argentina de Productores (CAP).

En 1966 faenó 630.000 cabezas vacunas, realizando el 87 por ciento de esa matanza por cuenta de usuarios o matarifes, a los que entrega la carne limpia y paga un adicional ("recupero") de hasta siete pesos por kilo a cambio de los subproductos que elabora por sí. Por la matanza de ovinos (134.000 en 1966) y de porcinos (147.000 de usuarios; 15.000 propios, en 1966) cobra un derecho de faena.

El grueso de la carne vacuna faenada en el Lisandro de la Torre se destina a consumo de Buenos Aires, del que cubre aproximadamente el 30 por ciento. Emplea, actualmente, unas 2.900 personas.



Esteban Echeverría

# **El matadero**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Esteban Echeverría**

## **El matadero**

I

A pesar de que la mía es historia, no la empezaré por el arca de Noé y la genealogía de sus ascendientes como acostumbraban hacerlo los antiguos historiadores españoles de América que deben ser nuestros prototipos. Temo muchas razones para no seguir ese ejemplo, las que callo por no ser difuso. Diré solamente que los sucesos de mi narración, pasaban por los años de Cristo de 183... Estábamos, a más, en cuaresma, época en que escasea la carne en Buenos Aires, porque la iglesia adoptando el precepto de Epitecto, sustine abstine (sufre, abstente) ordena vigilia y abstinencia a los estómagos de los fieles, a causa de que la carne es pecaminosa, y, como dice el proverbio, busca a la carne. Y como la iglesia tiene ab initio y por delegación directa de Dios el imperio inmaterial sobre las conciencias y estómagos, que en manera alguna pertenecen al individuo, nada más justo y racional que vede lo malo.

Los abastecedores, por otra parte, buenos federales, y por lo mismo buenos católicos, sabiendo que el pueblo de Buenos Aires atesora una docilidad singular para someterse a toda especie de mandamiento, solo traen en días cuaresmales al matadero, los novillos necesarios para el sustento de los niños y de los enfermos dispensados de la abstinencia por la Bula..., y no con el ánimo de que se harten algunos herejotes, que no faltan, dispuestos siempre a violar los mandamientos carnificinos de la iglesia, y a contaminar la sociedad con el mal ejemplo.

Sucedió, pues, en aquel tiempo, una lluvia muy copiosa. Los caminos se anegaron; los pantanos se pusieron a nado y las calles de entrada y salida a la ciudad rebosaban en acuoso barro. Una tremenda avenida se precipitó de repente por el Riachuelo de Barracas, y extendió majestuosamente sus turbias aguas hasta el pie de las barrancas del alto. El Plata creciendo embravecido empujó esas aguas que venían buscando su cauce y las hizo correr hinchadas por sobre campos, terraplenes, arboledas, caseríos, y extenderse como un lago inmenso por todas las bajas tierras. La ciudad circunvalada del Norte al Este por una cintura de agua y barro, y al Sud por un piélagó blanquecino en cuya superficie flotaban a la ventura algunos barquichuelos y negreaban las chimeneas y las copas de los árboles, echaba desde sus torres y barrancas atónitas miradas al horizonte como implorando misericordia al Altísimo. Parecía el amago de un nuevo diluvio. Los beatos y beatas gimoteaban haciendo novenarios y continuas plegarias. Los predicadores atronaban el templo y hacían crujir el púlpito a puñetazos. Es el día del juicio, decían, el fin del mundo está por venir. La cólera

divina rebosando se derrama en inundación. ¡Ay de vosotros pecadores! ¡Ay de vosotros unitarios impíos que os mofáis de la iglesia, de los santos, y no escucháis con veneración la palabra de los ungidos del Señor! ¡Ay de vosotros si no imploráis misericordia al pie de los altares! Llegará la hora tremenda del vano crujir de dientes y de las frenéticas imprecaciones. Vuestra impiedad, vuestras herejías, vuestras blasfemias, vuestros crímenes horrendos, han traído sobre nuestra tierra las plagas del Señor. La justicia y el Dios de la Federación os declarará malditos.

Las pobres mujeres salían sin aliento, anonadadas del templo, echando, como era natural, la culpa de aquella calamidad a los unitarios.

Continuaba, sin embargo, lloviendo a cántaros, y la inundación crecía acreditando el pronóstico de los predicadores. Las campanas comenzaron a tocar rogativas por orden del muy católico Restaurador, quien parece no las tenía todas consigo. Los libertinos, los incrédulos, es decir, los unitarios, empezaron a amedrentarse al ver tanta cara compungida, oír tanta batahola de imprecaciones. Se hablaba ya como de cosa resuelta de una procesión en que debía ir toda la población descalza y a cráneo descubierto, acompañando al Altísimo, llevado bajo palio por el Obispo, hasta la barranca de Balcarce, donde millares de voces conjurando al demonio unitario de la inundación, debían implorar la misericordia divina.

Feliz, o mejor, desgraciadamente, pues la cosa habría sido de verse, no tuvo efecto la ceremonia, porque bajando el Plata, la inundación se fue poco a poco escurriendo en su inmenso lecho sin necesidad de conjuro ni plegarias.

Lo que hace principalmente a mi historia es que por causa de la inundación estuvo quince días el matadero de la Convalecencia sin ver una sola cabeza vacuna, y que en uno o dos, todos los bueyes de quinteros y aguateros se consumieron en el abasto de la ciudad. Los pobres niños y enfermos se alimentaban con huevos y gallinas, y los gringos y herejotes bramaban por el beef-steak y el asado. La abstinencia de carne era general en el pueblo, que nunca se hizo más digno de la bendición de la iglesia, y así fue que llovieron sobre él millones y millones de indulgencias plenarias. Las gallinas se pusieron a 6 \$ y los huevos a 4 reales y el pescado carísimo. No hubo en aquellos días cuaresmales promiscuaciones ni excesos de gula; pero en cambio se fueron derechito al cielo innumerables ánimas y acontecieron cosas que parecen soñadas.

No quedó en el matadero ni un solo ratón vivo de muchos millares que allí tenían albergue. Todos murieron de hambre o ahogados en sus cuevas por la incesante lluvia. Multitud de negras rebusconas de achuras, como los caranchos de presa, se desbandaron por la ciudad como otras tantas harpías prontas a devorar cuanto hallaran comible. Las gaviotas y los perros inseparables rivales suyos en el matadero, emigraron en busca de alimento animal. Porción de viejos achacosos cayeron en consunción por falta de nutritivo caldo; pero lo más notable que sucedió fue el fallecimiento casi repentino de unos cuantos gringos herejes que cometieron el desacato de darse un hartazgo de chorizos de Extremadura, jamón y bacalao y se fueron al otro mundo a pagar el pecado cometido por tan abominable promiscuación.

Algunos médicos opinaron que si la carencia de careo continuaba, medio pueblo caería en síncope por estar los estómagos acostumbrados a su corroborante jugo; y era de notar el contraste entre estos tristes pronósticos de la ciencia y los anatemas lanzados desde el púlpito por los reverendos padres contra toda clase de nutrición animal y de promiscuación en aquellos días destinados por la iglesia al ayuno y la penitencia. Se originó de aquí una especie de guerra intestina entre los estómagos y las conciencias, atizada por el inexorable apetito y las no menos inexorables vociferaciones de los ministros de la iglesia, quienes, como es su deber, no transigen con vicio alguno que tienda a relajar las costumbres católicas: a lo que se agregaba el estado de flatulencia intestinal de los habitantes, producido por el pescado y los porotos y otros alimentos algo indigestos.

Esta guerra se manifestaba por sollozos y gritos descompasados en la peroración de los sermones y por rumores y estruendos subitáneos en las casas y calles de la ciudad o donde quiera concurrían gentes. Alarmose un tanto el gobierno, tan paternal como previsor, del Restaurador creyendo aquellos tumultos de origen revolucionario y atribuyéndolos a los mismos salvajes unitarios, cuyas impiedades, según los predicadores federales, habían traído sobre el país la inundación de la cólera divina; tomó activas providencias, desparramó sus esbirros por la población y por último, bien informado, promulgó un decreto tranquilizador de las conciencias y de los estómagos, encabezado por un considerando muy sabio y piadoso para que a todo trance y arremetiendo por agua y todo se trajese ganado a los corrales.

En efecto, el decimosexto día de la carestía víspera del día de Dolores, entró a nado por el paso de Burgos al matadero del Alto una tropa de cincuenta novillos gordos; cosa poca por cierto para una población acostumbrada a consumir diariamente de 250 a 300, y cuya tercera parte al menos gozaría del fuero eclesiástico de alimentarse con carne. ¡Cosa estraña que haya estómagos privilegiados y estómagos sujetos a leyes inviolables y que la iglesia tenga la llave de los estómagos!

Pero no es estraño, supuesto que el diablo con la carne suele meterse en el cuerpo y que la iglesia tiene el poder de conjurarlo: el caso es reducir al hombre a una máquina cuyo móvil principal no sea su voluntad sino la de la iglesia y el gobierno. Quizá llegue el día en que sea prohibido respirar aire libre, pasearse y hasta conversar con un amigo, sin permiso de autoridad competente. Así era, poco más o menos, en los felices tiempos de nuestros beatos abuelos que por desgracia vino a turbar la revolución de Mayo.

Sea como fuera; a la noticia de la providencia gubernativa, los corrales del Alto se llenaron, a pesar del barro, de carniceros, achuradores y curiosos, quienes recibieron con grandes vociferaciones y palmoteos los cincuenta novillos destinados al matadero.

-Chica, pero gorda, exclamaban.- ¡Viva la Federación! ¡Viva el Restaurador! Porque han de saber los lectores que en aquel tiempo la Federación estaba en todas partes, hasta entre las inmundicias del matadero y no había fiesta sin Restaurador como no hay sermón sin Agustín. Cuentan que al oír tan desafortunados gritos las últimas ratas que agonizaban de hambre en sus cuevas, se reanimaron y echaron a correr desatentadas conociendo que volvían a aquellos lugares la acostumbrada alegría y la algazara precursora de abundancia.

El primer novillo que se mató fue todo entero de regalo al Restaurador, hombre muy amigo del asado. Una comisión de carniceros marchó a ofrecérselo a nombre de los federales del matadero, manifestándole in voce su agradecimiento por la acertada providencia del gobierno, su adhesión ilimitada al Restaurador y su odio entrañable a los salvajes unitarios, enemigos de Dios y de los hombres. El Restaurador contestó a la arenga reforzando sobre el mismo tema y concluyó la ceremonia con los correspondientes vivas y vociferaciones de los espectadores y actores. Es de creer que el Restaurador tuviese permiso especial de su ilustrísima para no abstenerse de carne, porque siendo tan buen observador de las leyes, tan buen católico y tan acérrimo protector de la religión, no hubiera dado mal ejemplo aceptando semejante regalo en día santo.

Siguió la matanza y en un cuarto de hora cuarenta y nueve novillos se hallan tendidos en la playa del matadero, desollados unos, los otros por desollar. El espectáculo que ofrecía entonces era animado y pintoresco aunque reunía todo lo horriblemente feo, inmundo y deforme de una pequeña clase proletaria peculiar del Río de la Plata. Pero para que el lector pueda percibirlo a un golpe de ojo preciso es hacer un croquis de la localidad.

El matadero de la Convalecencia o del Alto, sito en las quintas al Sud de la ciudad, es una gran playa en forma rectangular colocada al extremo de dos calles, una de las cuales allí se termina y la otra se prolonga hacia el Este. Esta playa con declive al Sud, está cortada por un zanjón labrado por la corriente de las aguas pluviales, en cuyos bordes laterales se muestran innumerables cuevas de ratones y cuyo cauce, recoge en tiempo de lluvia, toda la sangrera seca o reciente del matadero. En la junción del ángulo recto hacia el Oeste está lo que llaman la casilla, edificio bajo, de tres piezas de media agua con corredor al frente que da a la calle y palenque para atar caballos, a cuya espalda se notan varios corrales de palo a pique de ñandubay con sus fornidas puertas para encerrar el ganado.

Estos corrales son en tiempo de invierno un verdadero lodazal en el cual los animales apeñuscados se hunden hasta el encuentro y quedan como pegados y casi sin movimiento. En la casilla se hace la recaudación del impuesto de corrales, se cobran las multas por violación de reglamentos y se sienta el juez del matadero, personaje importante, caudillo de los carniceros y que ejerce la suma del poder en aquella pequeña república por delegación del Restaurador. -Fáciles calcular qué clase de hombre se requiere para el desempeño de semejante cargo. La casilla por otra parte, es un edificio tan ruin y pequeño que nadie lo notaría en los corrales a no estar asociado su nombre al del terrible juez y a no resaltar sobre su blanca cintura los siguientes letreros rojos: «Viva la Federación», «Viva el Restaurador y la heroína doña Encarnación Ezcurra», «Mueran los salvajes unitarios». Letreros muy significativos, símbolo de la fe política y religiosa de la gente del matadero. Pero algunos lectores no sabrán que la tal heroína es la difunta esposa del Restaurador, patrona muy querida de los carniceros, quienes, ya muerta, la veneraban como viva por sus virtudes cristianas y su federal heroísmo en la revolución contra Balcarce. Es el caso que en un aniversario de aquella memorable hazaña de la mazorca los carniceros festejaron con un espléndido banquete en la casilla a la heroína, banquete a que concurrió con su hija y otras señoras federales, y que allí en presencia de un gran concurso ofreció a los señores carniceros en un solemne brindis su federal patrocinio, por cuyo motivo ellos la proclamaron entusiasmados patrona del matadero, estampando su nombre en las paredes de la casilla donde se estará hasta que lo borre la mano del tiempo.

La perspectiva del matadero a la distancia era grotesca, llena de animación. Cuarenta y nueve reses estaban tendidas sobre sus cueros y cerca de doscientas personas hollaban aquel suelo de lodo regado con la sangre de sus arterias. En torno de cada res resaltaba un grupo de figuras humanas de tez y raza distintas. La figura más prominente de cada grupo era el carnicero con el cuchillo en mano, brazo y pecho desnudos, cabello largo y revuelto, camisa y chiripá y rostro embadurnado de sangre. A sus espaldas se rebullían caracoleando y siguiendo los movimientos una comparsa de muchachos, de negras y mulatas achuradoras, cuya fealdad trasuntaba las harpías de la fábula, y entremezclados con ella algunos enormes mastines, olfateaban, gruñían o se daban de tarascones por la presa. Cuarenta y tantas carretas toldadas con negruzco y pelado cuero se escalonaban irregularmente a lo largo de la playa y algunos jinetes con el poncho calado y el lazo prendido al tiento, cruzaban por entre ellas al tranco o reclinados sobre el pescuezo de los caballos echaban ojo indolente sobre uno de aquellos animados grupos, al paso que más arriba, en el aire, un enjambre de gaviotas blanquiazules que habían vuelto de la emigración al olor de carne, revoloteaban cubriendo con su disonante graznido todos los ruidos y voces del matadero y proyectando una sombra clara sobre aquel campo de horrible carnicería. Esto se notaba al principio de la matanza.

Pero a medida que adelantaba, la perspectiva variaba; los grupos se deshacían, venían a formarse tomando diversas aptitudes y se desparramaban corriendo como si en medio de ellos cayese alguna bala perdida o asomase la quijada de algún encolerizado mastín. Esto era, que inter el carnicero en un grupo descuartizaba a golpe de hacha, colgaba en otro los cuartos en los ganchos a su carreta, despellejaba en éste, sacaba el sebo en aquél, de entre la chusma que ojeaba y aguardaba la presa de achura salía de cuando en cuando una mugrienta mano a dar un tarazón con el cuchillo al sebo o a los cuartos de la res, lo que originaba gritos y explosión de cólera del carnicero y el continuo hervidero de los grupos, -dichos y gritería descompasada de los muchachos.

-Ahí se mete el sebo en las tetas, la tía -gritaba uno.

-Aquel lo escondió en el alzapón -replicaba la negra.

-¡Che!, negra bruja, salí de aquí antes que te pegue un tajo -exclamaba el carnicero.

-¿Qué le hago ño, Juan?, ¡no sea malo! Yo no quiero sino la panza y las tripas.

-Son para esa bruja: a la m...

-¡A la bruja! ¡a la bruja! -repitieron los muchachos-: ¡se lleva la riñonada y el tongorí! -y cayeron sobre su cabeza sendos cuajos de sangre y tremendas pelotas de barro.

Hacia otra parte, entre tanto, dos africanas llevaban arrastrando las entrañas de un animal; allá una mulata se alejaba con un ovillo de tripas y resbalando de repente sobre un charco de sangre, caía a plomo, cubriendo con su cuerpo la codiciada presa. Acullá se veían acurrucadas en hilera 400 negras destejiendo sobre las faldas el ovillo y arrancando uno a uno los sebitos que el avaro cuchillo del carnicero había dejado en la tripa como rezagados,

al paso que otras vaciaban panzas y vejigas y las henchían de aire de sus pulmones para depositar en ellas, luego de secas, la achura.

Varios muchachos gambeteando a pie y a caballo se daban de vejigazos o se tiraban bolas de carne, desparramando con ellas y su algazara la nube de gaviotas que columpiándose en el aire celebraba chillando la matanza. Oíanse a menudo a pesar del veto del Restaurador y de la santidad del día, palabras inmundas y obscéneas, vociferaciones preñadas de todo el cinismo bestial que caracteriza a la chusma de nuestros mataderos, con las cuales no quiero regalar a los lectores.

De repente caía un bofe sangriento sobre la cabeza de alguno, que de allí pasaba a la de otro, hasta que algún deforme mastín lo hacia buena presa, y una cuadrilla de otros, por si estrujo o no estrujo, armaba una tremenda de gruñidos y mordiscones. Alguna tía vieja salía furiosa en persecución de un muchacho que le había embadurnado el rostro con sangre, y acudiendo a sus gritos y puteadas los compañeros del rapaz, la rodeaban y asuzaban como los perros al toro y llovían sobre ella zoquetes de carne, bolas de estiércol, con groseras carcajadas y gritos frecuentes, hasta que el juez mandaba restablecer el orden y despejar el campo.

Por un lado dos muchachos se adiestraban en el manejo del cuchillo tirándose horriblos tajos y reveses; por otro cuatro ya adolescentes ventilaban a cuchilladas el derecho a una tripa gorda y un mondongo que habían robado a un carnicero; y no de ellos distante, porción de perros flacos ya de la forzosa abstinencia, empleaban el mismo medio para saber quién se llevaría un hígado envuelto en barro. Simulacro en pequeño era este del modo bárbaro con que se ventilan en nuestro país las cuestiones y los derechos individuales y sociales. En fin, la escena que se representaba en el matadero era para vista no para escrita.

Un animal había quedado en los corrales de corta y ancha cerviz, de mirar fiero, sobre cuyos órganos genitales no estaban conformes los pareceres porque tenía apariencias de toro y de novillo. Llegole su hora. Dos enlazadores a caballo penetraron al corral en cuyo contorno hervía la chusca a pie, a caballo y horquetada sobre sus ñudosos palos. Formaban en la puerta el más grotesco y sobresaliente grupo varios pialadores y enlazadores de a pie con el brazo desnudo y armados del certero lazo, la cabeza cubierta con un pañuelo punzó y chaleco y chiripá colorado, teniendo a sus espaldas varios jinetes y espectadores de ojo escrutador y anhelante.

El animal prendido ya al lazo por las astas, bramaba echando espuma furibundo y no había demonio que lo hiciera salir del pegajoso barro donde estaba como clavado y era imposible pialarlo. Gritábanlo, lo azuzaban en vano con las mantas y pañuelos los muchachos prendidos sobre las horquetas del corral, y era de oír la disonante batahola de silbidos, palmadas y voces triples y roncadas que se desprendía de aquella singular orquesta.

Los dicharachos, las exclamaciones chistosas y obscenas rodaban de boca en boca y cada cual hacia alarde espontáneamente de su ingenio y de su agudeza excitado por el espectáculo o picado por el aguijón de alguna lengua locuaz.

-Hi de p... en el toro.

-Al diablo los torunos del Azul.

-Mal haya el tropero que nos da gato por liebre.

-Si es novillo.

-¿No está viendo que es toro viejo?

-Como toro le ha de quedar. ¡Muéstreme los c..., si le parece, c...o!

-Ahí los tiene entre las piernas. No los ve, amigo, más grandes que la cabeza de su castaño; ¿o se ha quedado ciego en el camino?

-Su madre sería la ciega, pues que tal hijo ha parido. ¿No ve que todo ese bulto es barro?

-Es emperrado y arisco como un unitario. -Y al oír esta mágica palabra todos a una voz exclamaron: ¡mueran los salvajes unitarios!

-Para el tuerto los h...

-Sí, para el tuerto, que es hombre de c... para pelear con los unitarios.

-El matahambre a Matasiete, degollador de unitarios. ¡Viva Matasiete!

-¡A Matasiete el matahambre!

-Allá va, gritó una voz ronca interrumpiendo aquellos desahogos de la cobardía feroz. ¡Allá va el toro!

-¡Alerta! Guarda los de la puerta. Allá va furioso como un demonio!

Y en efecto, el animal acosado por los gritos y sobre todo por dos picanas agudas que le espoleaban la cola, sintiendo flojo el lazo, arremetió bufando a la puerta, lanzando a entrambos lados una rojiza y fosfórica mirada. Dióle el tirón el enlazador sentando su caballo, desprendió el lazo de la asta, crujió por el aire un áspero zumbido y al mismo tiempo se vio rodar desde lo alto de una horqueta del corral, como si un golpe de lacha la hubiese dividido a cercén una cabeza de niño cuyo tronco permaneció inmóvil sobre su caballo de palo, lanzando por cada arteria un largo chorro de sangre.

-Se cortó el lazo -gritaron unos-: allá va el toro -pero otros deslumbrados y atónitos guardaron silencio porque todo fue como un relámpago.

Desparramose un tanto el grupo de la puerta. Una parte se agolpó sobre la cabeza y el cadáver palpitante del muchacho degollado por el lazo, manifestando horror en su atónito semblante, y la otra parte compuesta de jinetes que no vieron la catástrofe se escurrió en distintas direcciones en pos del toro, vociferando y gritando: ¡Allá va el toro! ¡Atajen!

¡Guarda! -Enlaza, Siete pelos. -¡Que te agarra, Botija! -Ya furioso; no se le pongan delante. -¡Ataja, ataja morado! -Dele espuela al mancarrón. -Ya se metió en la calle sola. -¡Que lo ataje el diablo!

El tropel y vocería era infernal. Unas cuantas negras achuradoras sentadas en hilera al borde del zanjón oyendo el tumulto se acogieron y agazaparon entre las panzas y tripas que desenredaban y devanaban con la paciencia de Penélope, lo que sin duda las salvó porque el animal lanzó al mirarlos un bufido aterrador, dio un brinco sesgado y siguió adelante perseguido por los jinetes. Cuentan que una de ellas se fue de cámaras; otra rezó diez salves en dos minutos, y dos prometieron a San Benito no volver jamás a aquellos malditos corrales y abandonar el oficio de achuradoras. No se sabe si cumplieron la promesa.

El toro entre tanto tomó hacia la ciudad por una larga y angosta calle que parte de la punta más aguda del rectángulo anteriormente descrito, calle encerrada por una zanja y un cerco de tunas, que llaman soles por no tener mas de dos casas laterales y en cuyo aposado centro había un profundo pantano que tomaba de zanja a zanja. Cierta inglés, de vuelta de su saladero vadeaba este pantano a la sazón, paso a paso en un caballo algo arisco, y sin duda iba tan absorto en sus cálculos que no oyó el tropel de jinetes ni la gritería sino cuando el toro arremetía al pantano. Azorose de repente su caballo dando un brinco al sesgo y echó a correr dejando al pobre hombre hundido media vara en el fango. Este accidente, sin embargo, no detuvo ni refrenó la carrera de los perseguidores del toro, antes al contrario, soltando carcajadas sarcásticas: -Se amoló el gringo; levántate, gringo -exclamaron, y cruzando el pantano amasando con barro bajo las patas de sus caballos, su miserable cuerpo. Salió el gringo, como pudo, después a la orilla, más con la apariencia de un demonio tostado por las llamas del infierno que de un hombre blanco pelirrubio. Más adelante al grito de ¡al toro! ¡al toro! cuatro negras achuradores que se retiraban con su presa se zabulleron en la zanja llena de agua, único refugio que les quedaba.

El animal, entre tanto, después de haber corrido unas 20 cuadras en distintas direcciones asorando con su presencia a todo viviente se metió por la tranquera de una quinta donde halló su perdición. Aunque cansado, manifestaba bríos y colérico ceño; pero rodeábalo una zanja profunda y un tupido cerco de pitas, y no había escape. Juntáronse luego sus perseguidores que se hallaban desbandados y resolvieron llevarlo en un señuelo de bueyes para que espíase su atentado en el lugar mismo donde lo había cometido.

Una hora después de su fuga el toro estaba otra vez en el Matadero donde la poca chusma que había quedado no hablaba sino de sus fechorías. La aventura del gringo en el pantano exitaba principalmente la risa y el sarcasmo. Del niño degollado por el lazo no quedaba sino un charco de sangre: su cadáver estalla en el cementerio.

Enlazaron muy luego por las astas al animal que brincaba haciendo hincapié y lanzando roncós bramidos. Echáronle, uno, dos, tres piales; pero infructuosos: al cuarto quedó prendido de una pata: su brío y su furia redoblaron; su lengua estirándose convulsiva arrojaba espuma, su nariz humo, sus ojos miradas encendidas -¡Desgarreten ese animal! exclamó una voz imperiosa. Matasiete se tiró al punto del caballo, cortole el garrón de una cuchillada y gambeteando en torno de él con su enorme daga en mano, se la hundió al cabo hasta el puño en la garganta mostrándola en seguida humeante y roja a los espectadores.

Brotó un torrente de la herida, exhaló algunos bramidos roncros, vaciló y cayó el soberbio animal entre los gritos de la chusma que proclamaba a Matasiete vencedor y le adjudicaba en premio el matambre. Matasiete extendió, como orgulloso, por segunda vez el brazo y el cuchillo ensangrentado y se agachó a desollarle con otros compañeros.

Faltaba que resolver la duda sobre los órganos genitales del muerto clasificado provisoriamente de toro por su indomable fiereza; pero estaban todos tan fatigados de la larga tarea que la echaron por lo pronto en olvido. Mas de repente una voz ruda exclamó: aquí están los huevos, sacando de la barriga del animal y mostrando a los espectadores dos enormes testículos, signo inequívoco de su dignidad de toro. La risa y la charla fue grande; todos los incidentes desgraciados pudieron fácilmente explicarse. Un toro en el Matadero era cosa muy rara, y aun vedada. Aquél, según reglas de buena policía debió arrojarse a los perros; pero había tanta escasez de carne y tantos hambrientos en la población, que el señor Juez tuvo a bien hacer ojo lerdo.

En dos por tres estuvo desollado, descuartizado y colgado en la carreta el maldito toro. Matasiete colocó el matambre bajo el pellón de su recado y se preparaba a partir. La matanza estaba concluida a las 12, y la poca chusma que había presenciado hasta el fin, se retiraba en grupos de a pie y de a caballo, o tirando a la cincha algunas carretas cargadas de carne.

Mas de repente la ronca voz de un carnicero gritó: -¡Allí viene un unitario!, y al oír tan significativa palabra toda aquella chusma se detuvo como herida de una impresión subitánea.

-¿No le ven la patilla en forma de U? No traé divisa en el fraque ni luto en el sombrero.

-Perro unitario.

-Es un cajetilla.

-Monta en silla como los gringos.

-La mazorca con él.

-¡La tijera!

-Es preciso sobarlo.

-Trae pistoleras por pintar.

-Todos estos cajetillas unitarios son pintores como el diablo.

-¿A que no te le animas, Matasiete?

-¿A que no?

-A que sí.

Matasiete era hombre de pocas palabras y de mucha acción. Tratándose de violencia, de agilidad, de destreza en el hacha, el cuchillo o el caballo, no hablaba y obraba. Lo habían picado: prendió la espuela a su caballo y se lanzó a brida suelta al encuentro del unitario.

Era este un joven como de 25 años de gallarda y bien apuesta persona que mientras salían en borbotón de aquellas desaforadas bocas las anteriores exclamaciones trotaba hacia Barracas, muy ajeno de temer peligro alguno. Notando empero, las significativas miradas de aquel grupo de dogos de matadero, echa maquinalmente la diestra sobre las pistoleras de su silla inglesa, cuando una pechada al sesgo del caballo de Matasiete lo arroja de los lomos del suyo tendiéndolo a la distancia boca arriba y sin movimiento alguno.

-¡Viva Matasiete! -exclamó toda aquella chusma cayendo en tropel sobre la víctima como los caranchos rapaces sobre la osamenta de un buey devorado por el tigre.

Atolondrado todavía el joven fue, lanzando una mirada de fuego sobre aquellos hombres feroces, hacia su caballo que permanecía inmóvil no muy distante a buscar en sus pistolas el desagravio y la venganza. Matasiete dando un salto le salió al encuentro y con fornido brazo asiéndolo de la corbata lo tendió en el suelo tirando al mismo tiempo la daga de la cintura y llevándola a su garganta.

Una tremenda carcajada y un nuevo viva estertorio volvió a victoriarlo.

¡Qué nobleza de alma! ¡Qué bravura en los federales!, siempre en pandilla cayendo como buitres sobre la víctima inerte.

-Degüéllalo, Matasiete -quiso sacar las pistolas-. Degüéllalo como al Toro.

-Pícaro unitario. Es preciso tusarlo.

-Tiene buen pescuezo para el violín.

-Tócale el violín.

-Mejor es resbalosa.

-Probemos -dijo Matasiete y empezó sonriendo a pasar el filo de su daga por la garganta del caído, mientras con la rodilla izquierda le comprimía el pecho y con la siniestra mano le sujetaba por los cabellos.

-No, no le degüellen -exclamó de lejos la voz imponente del Juez del Matadero que se acercaba a caballo.

-A la casilla con él, a la casilla. Preparen la mashorca y las tijeras. ¡Mueran los salvajes unitarios! ¡Viva el Restaurador de las leyes!

-Viva Matasiete.

¡Mueran! ¡Vivan!, repitieron en coro los espectadores y atándole codo con codo, entre moquetes y tirones, entre vociferaciones e injurias arrastraron al infeliz joven al banco del tormento como los sayones al Cristo.

La sala de la casilla tenía en su centro una grande y fornida mesa de la cual no salían los vasos de bebida y los naipes sino para dar lugar a las ejecuciones y torturas de los sayones federales del Matadero. Notábase además en un rincón otra mesa chica con recado de escribir y un cuaderno de apuntes y porción de sillas entre las que resaltaba un sillón de brazos destinado para el Juez. Un hombre, soldado en apariencia, sentado en una de ellas cantaba al son de la guitarra la resbalosa, tonada de inmensa popularidad entre los federales, cuando la chusma llegando en tropel al corredor de la casilla lanzó a empellones al joven unitario hacia el centro de la sala.

-A ti te toca la resbalosa -gritó uno.

-Encomienda tu alma al diablo.

-Está furioso como toro montaraz.

-Ya le amansará el palo.

-Es preciso sobarlo.

-Por ahora verga y tijera.

-Si no, la vela.

-Mejor será la mazorca.

-Silencio y sentarse -exclamó el Juez dejándose caer sobre su sillón. Todos obedecieron, mientras el joven de pie encarando al Juez exclamó con voz preñada de indignación:

-Infames sayones, ¿qué intentan hacer de mí?

-¡Calma! -dijo sonriendo el juez-; no hay que encolerizarse. Ya lo verás.

El joven, en efecto, estaba fuera de sí de cólera. Todo su cuerpo parecía estar en convulsión: su pálido y amoratado rostro, su voz, su labio trémulo, mostraban el movimiento convulsivo de su corazón, la agitación de sus nervios. Sus ojos de fuego parecían salirse de la órbita, su negro y lacio cabello se levantaba erizado. Su cuello desnudo y la pechera de su camisa dejaban entrever el latido violento de sus arterias y la respiración anhelante de sus pulmones.

-¿Tiemblas? -le dijo el Juez.

-De rabia, por que no puedo sofocarte entre mis brazos.

-¿Tendrías fuerza y valor para eso?

-Tengo de sobra voluntad y coraje para ti, infame.

-A ver las tijeras de tusar mi caballo; túsenlo a la federala.

Dos hombres le asieron, vino de la ligadura del brazo, otro de la cabeza y en un minuto cortáronle la patilla que poblaba toda su barba por bajo, con risa estrepitosa de sus espectadores.

-A ver -dijo el Juez-, un vaso de agua para que se refresque.

-Uno de hiel te haría yo beber, infame.

Un negro petizo púsosele al punto delante con un vaso de agua en la mano. Diole el joven un puntapié en el brazo y el vaso fue a estrellarse en el techo salpicando el asombrado rostro de los espectadores.

-Éste es incorregible.

-Ya lo domaremos.

-Silencio -dijo el Juez-, ya estás afeitado a la federala, sólo te falta el bigote. Cuidado con olvidarlo. Ahora vamos a cuentas.

-¿Por qué no traes divisa?

-Porque no quiero.

-No sabes que lo manda el Restaurador.

-La librea es para vosotros, esclavos, no para los hombres libres.

-A los libres se les hace llevar a la fuerza.

-Sí, la fuerza y la violencia bestial. Ésas son vuestras armas; infames. El lobo, el tigre, la pantera también son fuertes como vosotros. Deberíais andar como ellas en cuatro patas.

-¿No temes que el tigre te despedace?

-Lo prefiero a que maniatado me arranquen como el cuervo, una a una las entrañas.

-¿Por qué no llevas luto en el sombrero por la heroína?

-Porque lo llevo en el corazón por la Patria, por la Patria que vosotros habéis asesinado, ¡infames!

-No sabes que así lo dispuso el Restaurador.

-Lo dispusisteis vosotros, esclavos, para lisonjear el orgullo de vuestro señor y tributarle vasallaje infame.

-¡Insolente! Te has embravecido mucho. Te haré cortar la lengua si chistas.

-Abajo los calzones a ese mentecato cajetilla y a nalga pelada denle verga, bien atado sobre la mesa.

Apenas articuló esto el Juez, cuatro sayones salpicados de sangre, suspendieron al joven y lo tendieron largo a largo sobre la mesa comprimiéndole todos sus miembros.

-Primero degollarme que desnudarme; infame canalla.

Atáronle un pañuelo por la boca y empezaron a tironear sus vestidos. Encogíase el joven, pateaba, hacía rechinar los dientes. Tomaban ora sus miembros la flexibilidad del junco, ora la dureza del fierro y su espina dorsal era el eje de un movimiento parecido al de la serpiente. Gotas de sudor fluían por su rostro grandes como perlas; echaban fuego sus pupilas, su boca espuma, y las venas de su cuello y frente negreaban en relieve sobre su blanco cutis como si estuvieran repletas de sangre.

-Átenlo primero -exclamó el Juez.

-Está rugiendo de rabia -articuló un sayón.

En un momento liaron sus piernas en ángulo a los cuatro pies de la mesa volcando su cuerpo boca abajo. Era preciso hacer igual operación con las manos, para lo cual soltaron las ataduras que las comprimían en la espalda. Sintiéndolas libres el joven, por un movimiento brusco en el cual pareció agotarse toda su fuerza y vitalidad, se incorporó primero sobre sus brazos, después sobre sus rodillas y se desplomó al momento murmurando: -Primero degollarme que desnudarme, infame canalla.

Sus fuerzas se habían agotado; inmediatamente quedó atado en cruz y empezaron la obra de desnudarlo. Entonces un torrente de sangre brotó borbolloneando de la boca y las narices del joven y extendiéndose empezó a caer a chorros por entrambos lados de la mesa. Los sayones quedaron inmóviles y los espectadores estupefactos.

-Reventó de rabia el salvaje unitario -dijo uno.

-Tenía un río de sangre en las venas -articuló otro.

-Pobre diablo: queríamos únicamente divertirnos con él y tomó la cosa demasiado a lo serio -exclamó el juez frunciendo el ceño de tigre-. Es preciso dar parte, desátenlo y vamos.

Verificaron la orden; echaron llave a la puerta y en un momento se escurrió la chusma en pos del caballo del Juez cabizbajo y taciturno.

Los federales habían dado fin a una de sus innumerables proesas.

En aquel tiempo los carniceros degolladores del Matadero eran los apóstoles que propagaban a verga y puñal la federación rosina, y no es difícil imaginarse que federación saldría de sus cabezas y cuchillas. Llamaban ellos salvaje unitario, conforme a la jerga inventada por el Restaurador, patrón de la cofradía, a todo el que no era degollador, carnicero, ni salvaje, ni ladrón; a todo hombre decente y de corazón bien puesto, a todo patriota ilustrado amigo de las luces y de la libertad; y por el suceso anterior puede verse a las claras que el foco de la federación estaba en el Matadero.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).



## La china invisible

Por Ariel Wilkis y Sebastián Hacher

**En La Ribera, la última de las cuatro ferias de La Salada, un orden invisible permite que una ciudad de 60 mil personas se levante dos veces por semana cuando llega la noche. Hasta ese punto de Ingeniero Budge llegan mercancías que viajaron desde China vía Chile y Bolivia. Crónica de migrantes sometidos a las dinámicas globales.**

Es martes, es casi medianoche y parece un milagro que esa mujer recién llegada de Tucumán encuentre a Doña María entre los cincuenta puestos de La Salada que venden ropa interior, entre los miles de otros puestos que ofrecen desde medias por docena hasta camperas a noventa pesos cada una. Encontrarla a María en el gran mercado es difícil por partida doble: su puesto no está en Urkupiña, Ocean ni Punta Mogotes, las tres ferias tradicionales, sino en una que crece en las orillas del Riachuelo, cruza la calle, y llega hasta las veredas de las casas. Esa zona gris es un laberinto irregular que a falta de un nombre mejor han bautizado La Ribera. La Ribera es el borde del borde, el extremo de la informalidad salada, el sitio donde las peleas por vender más barato aquello que pudo haber venido de un taller de Villa Celina o una fábrica tecnologizada del sur de China producen gritos sacados como ese que se escucha ahora por encima del bullicio: “medias a tres por diez, aproveche señora”.

María Quispe está parada detrás de su puesto. Trata de abarcar todo con la mirada: la mercadería, la gente que pasa, la chica que le ayuda a vender. Mantiene algo de los rasgos de su tierra: el pelo negro y larguísimo termina en dos trenzas y usa una pollera de raso hasta debajo de la rodilla. Es amable para atender. Habla con la clienta tucumana y extiende un palo de escoba hasta quedar en puntas de pie. Se balancea sobre la mesa y sonríe cuando encaja el gancho de la punta en un corpiño rojo que cuelga del techo de su puesto.

-Disculpe que se la haga difícil Doña María, -dice la compradora- pero ese corpiño es para un amigo. Deme el más grande de todos.

El chiste no le hace gracia, pero María lo festeja por cortesía. De hecho, cada dos semanas, cuando la tucumana llega para comprar ropa interior que luego le venderá a las travestis de su provincia, repite la misma broma y María se ríe como la primera vez. La vendedora sabe que esa mujer viajó 1300 kilómetros en un micro de asientos apenas reclinables sólo para conseguir precios baratos, y que luego volverá a su tierra a intentar vender todo lo antes posible y recomenzar el ciclo que una o dos semanas después la devolverá a las rutas, la vida en los micros, Ingeniero Budge y a La Salada como destino final. A María, saber a la tucumana parte de la misma rueda le despierta una especie de solidaridad de clase: las dos viven de dormir en micros y de trasladar sus equipajes hechos de ropa de miles de otros.

\*\*\*

Como toda metrópolis, La Salada creció desde el centro a la periferia. El núcleo son los tres galpones más grandes -Urkupiña, Punta Mogotes y Ocean- que en el pasado fueron piletas y que a partir de los de los 90' se convirtieron en ferias más o menos organizadas. Cada una tiene un promedio de dos mil puestos de venta, cien empleados de seguridad y un límite claro: alambrados, paredes, dueños. En la calle y en los bordes está lo incierto: La Ribera. La última feria creció por espasmos, a medida que los vecinos o los propios puesteros coparon espacios en la calle. Algunos vendedores dicen que esa feria al aire libre e irregular tiene 7000 puestos. Otros, que hay cuatro veces más.

A partir de las diez de la noche los micros que vienen del interior del país llegan a La Ribera, y cada uno de los habitantes de esa ciudad temporaria se corre apenas lo suficiente para dejarlos entrar. Los micros son enormes y se abren camino acariciando los puestos que se armaron a uno y otro lado de la vereda. Lo mismo hacen, en escala, los carros que trasladan bolsas con mercadería por la feria: corren de un lado a otro gritando para alertar a los transeúntes que los esquivan con desgano, como toreros con reflejos tardíos.

Desde afuera, cualquiera pensaría que todo está a punto de colapsar. El foráneo ignora que hay una especie de orden invisible, una dinámica y una lógica que permite a cada pieza encastrar con la otra. Ese orden misterioso permite que todos los martes y los sábados - siempre dos veces por semana- más de 60 mil personas se concentren en un predio de cincuenta hectáreas y monten una ciudad mientras el resto del suburbio duerme.

\*\*\*

En los 90', mientras un grupo de inmigrantes bolivianos fundaba La Salada, María vivía en el Bajo Flores y pasaba semanas enteras encerrada en el taller de costura de un coreano. Llegó a trabajar un promedio de dieciocho horas diarias. Nunca se quejó.

-Lo hice porque quería ahorrar –contesta si algún argentino le pregunta.

Con los años compró la casa, después el auto y por último las máquinas de costura. En el 2003 quiso tener un puesto en La Salada, pero no encontró nada: todo lo formal -lo que tenía título de propiedad, acciones, cierta previsibilidad- estaba ocupado. Entonces alquiló en La Ribera y empezó a producir las mismas prendas que había hecho durante los años de encierro. Eran polleras, blusas y sacones de tamaños grandes. Prendas ideales para mujeres como ella.

-¡Haces ropa de coreano! -le dijo una de sus paisanas.

María sentía que la miraban como a una especie de monstruo de circo: una boliviana que cosía como si fuera oriental. Era una vendedora freak. Las propias puesteras la educaron en la estética de lo que tenía éxito: la ropa deportiva, las remeras de moda, camperas de mujer y buzos con capucha. Pronto se descubrió a sí misma mirando los canales de moda para robarse

ideas o comprando ropa original en el Shopping de Liniers, sólo para desarmarla en la mesa de corte y hacer moldes que le permitieran reproducirla al infinito.

Al principio le costaba hacer marca, como en la jerga se le dice a reproducir logos de las grandes empresas que tienen mejor marketing. Hacía buzos deportivos sin estampado y remeras de fútbol sin bordados. No le iba mal, pero vendía menos de la mitad que sus colegas.

La única forma era ser una más de esas miles de mujeres que aprenden a bordar la pipa de Nike sobre cualquier producto. Sus remeras se empezaron a parecer al resto: una imitación imperfecta de los originales, un híbrido que no era ni una copia fiel de la ropa que se ofrece en las publicidades, ni algo completamente distinto. Lo que María fabricaba era un tercer producto: uno mestizo, hijo de su educación de costurera y de lo que aprendió en la feria.

\*\*\*

Toda una zona de La Ribera está dedicada a los puestos de comida. El más grande tiene mesas para sentarse y ofrece asado con fritas o ensalada. Más atrás, el pescado frito, el chicharrón de cerdo y las hamburguesas se mezclan con el jugo de frutas y la música de los puestos de música y películas. Alguien subió el volumen al máximo: el ritmo lo marca "Tú sin mí", el hit del verano de Dread Mar I, hecho cumbia, un poco pasado de moda y de estación, pero todavía efectivo a la hora de levantar el ánimo de los compradores.

Cada treinta o cuarenta metros hay una mesa de paño rojo iluminada por una lámpara de bajo consumo gigante. A su alrededor hay un grupo de hombres que parecen agitados: se los conoce como mosqueteros, como al juego de tres tapitas de lata y una bolita de gomaespuma. El maestro de ceremonias mueve las tapas y cambia la bola de lugar. Hay que adivinar en cuál quedó. Las apuestas son de cien pesos mínimo, y la banca paga doble. Es imposible ganarle: el que maneja las tapas es un prestidigitador y a su alrededor hay varios que trabajan con él y animan al público a jugar.

Una mujer cae en la trampa: desde el costado, alguien le susurra que la bola quedó bajo la tapita del centro. Hay agitación. La mujer apuesta cien pesos y gana. Los que están a su alrededor aplauden y la incitan para que siga. Ella se siente halagada y ganadora. No sabe que desde la Rusia de Dostoievski los falsos jugadores están puestos para ahí empujarla a perder hasta la última moneda. La mujer insiste. Pierde una y otra vez, siempre a cien pesos. Cada vez se dice a sí misma: está es la última. En la quinta ronda, los buitres que la alentaron saben que no tiene más dinero, y dejan de prestarle atención. Ella llora, se siente estafada. Avanza sobre el gordo que maneja las tapitas y le tira un manotazo. El otro la esquiva y sigue jugando, como si nada.

-Gordo, ojalá te pise una ambulancia -grita.

Alguien la agarra de atrás y le tira del brazo para llevársela. No son matones, sino sus amigos que miraban todo desde lejos y perciben el peligro. La víctima insiste con avanzar, pero el

hombre de las tapitas levanta la mesa, le da la espalda y sigue en lo suyo. El ritmo de la feria tarda unos treinta segundos en diluir el incidente.

Nadie va a defenderla, pero los que cuidan las mesas de juego tampoco la atacan. En La Ribera, la violencia solo parece aflorar cuando lo que está en juego es el territorio: si alguien quiere sacarle el puesto al otro o si un grupo quiere apropiarse de un espacio que otros se creen con derecho a ocupar. Pero los enfrentamientos -las piedras, los palazos, incluso los tiroteos- no son cosa de todos los días. La posibilidad de un enfrentamiento está regulada por la necesidad de preservar el negocio. Con los años, alrededor de los espacios ocupados por los feriantes de La Ribera se tejieron una serie de códigos no escritos que todos parecen respetar.

-Si nos quieren sacar el lugar, tenemos armas y nos plantamos -dice el dueño de un puñado de puestos- pero la mayor parte del tiempo es cuestión de mostrar los dientes y negociar. Mucha opción de hacer quilombo no hay.

El sueño de María era formar parte de una Morenada, la más masiva de las fraternidades de baile boliviano. En el 90 le prometió a la Virgen de Copacabana que si se podía comprar la casa bailaría tres años seguidos como cholita antigua, una de las figuras más tradicionales y caras del cuerpo de baile. En el 2005 había cumplido todos los objetivos, pero en cada fiesta se ponía su traje de raso, el sombrero bombín y los guantes de encaje para desfilarse junto a sus compañeras de siempre.

Ese año viajó a Bolivia para comprar la pollera de terciopelo y la blusa bordada en seda con la que pensaba desfilarse. A la vuelta, el micro paró en Villazón. Entonces lo vio: en la vidriera de un negocio estaban esos mismos corpiños que algunas de sus colegas vendían en La Salada. Entró al primer locutorio que encontró y llamó a Buenos Aires. Atendió su marido.

-Hay corpiños baratos -le dijo-. Ochenta pesos la docena. Y son mejores que los nuestros. Llevo algunas docenas para vender.

-Ni se te ocurra -contestó el marido-. Me vas a cortar la fabricación.

-Vamos a ganar más dinero- dijo ella, y cortó la comunicación.

No era algo para andar discutiendo.

Compró diez docenas de corpiños Made in China la mayoría del mismo color. Eran armados y se los veía fuertes. Las terminaciones eran más prolijas que las que ellos hacían en su taller.

A la semana, los soutiens chinos salieron como si los regalara. Sus clientes ya no querían saber nada del corpiño tradicional. María se guardó uno para intentar copiar el modelo, pero no hubo caso: ella cosía con una overlock familiar de cinco hilos, y se imaginó que los chinos -tan laboriosos como ella, pero mucho más equipados- trabajaban manejando computadoras con las que ella ni siquiera podía soñar.

\*\*\*

De mañana, antes de que abran las ferias, el primero de todos los micros que lleva gente a La Salada estaciona en la calle. Viene de Jujuy, trae mercadería de contrabando y nadie lo quiere recibir en su estacionamiento.

-Hay que tener mucho cuidado -dice uno de los administradores de las ferias-. Como vienen cargados de Salta y Jujuy, en esos micros pueden traer cualquier cosa, así que los preferimos afuera.

Las pasajeras del bus clandestino acampan en la calle, cerca de la entrada a Ocean. Algunas están envueltas en frazadas, otras duermen sobre las bolsas negras llenas de camperas, pantalones y medias. Lo que traen no es poco: se calcula que el 20% de lo que se vende en La Salada es importado.

El micro a veces llega a las cinco de la mañana, otras a las dos de la tarde. Cada tanto se queda en el camino: depende de los operativos de Gendarmería.

-Hay días -explica Mario, uno de los pocos hombres entre las cincuenta pasajeras- que la Gendarmería está haciendo control en varias ciudades, y si no hay caminos alternativos nos tenemos que quedar parados al costado de la ruta. Hoy tardamos cuarenta horas en llegar, porque fuimos por rutas que son sólo para camiones. Nuestro colectivo tiene que ser invisible: no paramos ni para ir al baño.

La que dirige todo es Doña Eugenia, una mujer de unos sesenta años y rulos teñidos de rojo. En un cuaderno anota con birome azul el listado de pasajeras y cuántos bultos lleva cada una. Ella es la encargada de alquilar el micro y de garantizar que todos lleguen a destino.

-Los jueves -dice- vamos a Villazón a comprar. Ahí contratamos mujeres pasadoras. Ellas cruzan para el lado argentino la mercadería por el monte. Nos cobran cincuenta pesos por docena de lo que traigan. Desde la frontera salimos en caravana, a veces con un auto adelante, para que nos avise si hay controles de tránsito. Si llegamos a Jujuy con la carga, el domingo salimos para Buenos Aires.

En los viajes, cada una de las vendedoras arriesga hasta diez mil pesos en mercadería. El dilema es el método para esquivar el control: si se intenta pasar desapercibido o si se busca otro camino; si frente a la voz de alto uno se entrega al destino o aprieta el acelerador y vuelve a tentar a la suerte.

-Nosotros sabemos que esto es ilegal -dice Doña Eugenia-. Pero no nos queda otra, por más que nos persigan. Los gendarmes no piensan que estamos llevando mercadería cuando nos paran: piensan que tenemos droga. Y tal vez uno se escapa porque si le sacan la mercadería pierde todo, se queda sin nada.

Durante el viaje, las contrabandistas de ropa comparten las mismas rutas y esperanzas de sortear el ojo del estado que los narcos. Al llegar a la feria, en cambio, se vuelven parte del paisaje: todo el mundo respeta el esfuerzo que hicieron para llegar. Una puestera les presta su lugar para guardar los bolsos. En el baño de uno de los estacionamientos les hacen descuento para que se peguen una ducha. Al mediodía, una boliviana muy vieja les ofrece el almuerzo: un estofado de carne con algunas verduras. Las acampantes comen alrededor de la olla que la

cocinera plantó en el cordón de la vereda. Cuando cae el sol llegan los primeros puesteros. Ellas esperan a que la feria esté a pleno y salen a ofrecer su mercadería al por mayor.

La última parte del trabajo es la más difícil: cobrar. A las cinco de la madrugada, casi 24 horas después de haber llegado, recorren cada uno de los puestos para recaudar por lo que se vendió y llevarse los sobrantes. Un rato después empiezan el camino de vuelta: si tienen suerte, el sábado pasarán un día completo en sus casas de San Salvador de Jujuy. Y después volverán a poner en movimiento un círculo del que parece imposible bajar.

Doña María Quispe dice que no, que ella no está para esos trotes. Cruzar la frontera por el monte, arriesgarse a quedar toda una tarde en la banquina o meterse por rutas de tierra es para los más jóvenes.

Ella tiene otro método: viaja en avión.

Dos veces al mes, por lo general los miércoles, toma un vuelo desde Buenos Aires hasta el Alto de La Paz con una escala de dos horas en Cochabamba. Ya tiene todo cronometrado: baja a la ciudad, ocupa un cuarto de hotel a pocos metros del Palacio Quemado y después de la siesta y de acostumbrarse a la altura sube hasta la Calle Buenos Aires, donde se concentra la venta de ropa importada. No se detiene ante nada: ni en los puestos de jeans y zapatillas a precios increíbles, ni ante las blusas finas con detalles de broderie que la emocionan tanto. El objetivo son las dos galerías donde van todos los mayoristas a comprar bombachas, corpiños, medias de mujer y cualquier cosa que se lleve bajo la ropa.

María se ríe: nada lo que se vende ahí, dice, se usa en Bolivia. Es pura ropa que se importa para volver a exportar. Ella distingue calidades y colores con ojo experto. Pide una docena de uno, otra de otro color. Después consigue un taxi y se vuelve al hotel. No es que no tenga parientes para visitar y pedirle alojamiento, pero no le gusta molestar: ella tiene sus propios rituales privados y no le parece elegante hacerlos en casa de cualquiera. Durante las horas que le quedan hasta el vuelo, se dedica a desarmar las bolsas de mercadería que compró y les saca las etiquetas, una por una. No tiene que quedar nada parecido a un código de barras. Eso alcanza para que en los rayos equis de la aduana nadie se fije en ella.

Los costos son siempre iguales: el pasaje le sale 1500 pesos y en su estadía en La Paz gasta otros 500 de viáticos.

-Si traigo ropa cara -dice- con las primeras diez docenas de prendas que vendo me recuperé el pasaje y la estadía. Todo se vende a más del doble: la docena de corpiños la consigo a 80 pesos argentinos en La Paz, y en La Salada la vendo a 200 pesos si es por cantidad.

María sabe de precios, pero también de itinerarios. Aprendió a los golpes que las galerías de La Paz eran la mejor opción. La mercadería llega de China por el puerto chileno de Iquique, y desde ahí viaja en camión cinco horas hasta Oruro, donde Bolivia tiene su puerto seco. En Oruro toma dos direcciones: a Villazón, todavía en forma de contenedores y grandes cargamentos, o a La Paz, donde los mayoristas le permiten comprar en la cantidad y la variedad que quiera.

-Una vez sola lo hice- se queja-. Invertí dinero y me traje una camionada de medias. Las pagué a 20 pesos la docena, y las tuve que vender a quince. Me dio mucha lástima, pero no salían buenas: no me servía para mantener los clientes.

\*\*\*

En la misma hilera que María Quispe hay unos veinte puestos de venta: cada uno está encastrado con el anterior. Algunos ofrecen medias y boxes para niños con estampados de Los Simpson y Ben 10. Otros exhiben camisetas de fútbol, remeras de mujer y camisas de manga corta. Muchos de los productos tienen una etiqueta autoadhesiva que dice la palabra réplica, por si quedaban dudas de que no se trata de algo original. Los compradores deambulan con bolsas de lona y carritos de viaje. Uno busca botines de fútbol, talle treinta y seis.

-¿Adidas o Nike? -pregunta el vendedor.

En cada mano agita una zapatilla, cada una con su logo. Es algo parecido a lo que María aprendió a coser en sus primeros años de taller: un producto que imita a las grandes marcas y se vale de sus logos para tener legitimidad, pero que la mayor parte del tiempo no es igual a ellos, sino se convierte en un invención: un producto a mitad de camino entre la cultura andina, la moda televisiva y el ensayo y error de los costureros. La marca deja de ser propiedad de la empresa: se convierte en algo con vida y sentidos propios. Algo nuevo, diferente, pero difícil de explicar si uno se cruza con los defensores de la Ley 22362, la ley de marcas que dice que copiar el logo de una firma es ilegal.

Circular por el conurbano con esas réplicas, o con mercadería que entró al país de contrabando es toda una aventura: los controles policiales pueden estar en un cruce de avenidas, en el peaje del autopista o en cualquier esquina de barrio. Cada uno se defiende como puede. María compra algunas docenas de corpiños en los locales del barrio de Once y pide que le hagan factura. No es tan buen negocio, pero le hacen una factura legal y con ella puede moverse tranquila durante quince días o un mes. La precaución es nunca llevar más cantidad de lo que dice la factura. Si el remito dice que compró diez docenas de corpiños, siempre irá por la calle solo con esa cantidad. La idea es estirar los resquicios de la ley hasta hacer coincidir la realidad con lo que figura en los papeles.

Para esquivar los controles va a la feria los días en que está cerrada. Alrededor de los predios, muchas casas se convirtieron en depósitos que alquilan boxes para guardar mercadería. Al principio, María tenía que dejarla con una copia de la factura pegada a la bolsa, porque cada tanto aparecía alguna división de la policía que arrasaba con todo. Ahora las cosas cambiaron:

-El depósito está frente a la feria -dice-. En el alquiler está incluido el plus para pagarle a la policía. Así ya no nos molestan más.

En el estacionamiento de Urkupiña, Liliana se recuesta sobre los asientos de la camioneta que la trajo desde Azul, en el centro de la provincia de Buenos Aires Su hija fue a comprar speed

para ella y para el chofer: a medianoche, cuando ella y sus diez compañeras terminen de comprar ropa, van a desandar el camino de cinco horas que hicieron por la mañana.

El viaje se repite una vez por semana. Uno de los pibes que acomoda el tránsito en Urkupiña le avisa al chofer de la camioneta a qué hora abren las ferias. El horario puede variar: según la semana, la cantidad de micros que llegan del interior y el capricho de los dueños de la feria, las puertas pueden estar abiertas a las tres de la tarde o a las once de la noche.

Liliana lo sabe. Durante toda la semana se dedica a visitar gente, ofrecer mercadería y cobrar. Va casa por casa, a las oficinas, a los cabarets: en cualquier lado donde haya mujeres ella aparece con su bolso y ofrece ropa a pagar en un crédito riguroso de dos cuotas iguales:

-La primera -dice como quien confiesa un secreto- es para asegurarme el costo. La segunda es toda ganancia.

En total hace unos 3 mil pesos por semana: son unos doce mil de ganancia por mes. Cuatro años atrás empezó con 1200 pesos. En aquella época viajaba cinco horas en micro o en tren desde Azul, y recorría los barrios de Once, Flores y por último llegaba a La Salada. Hace dos años encontró una alternativa: se juntó con diez mujeres que hacen lo mismo que ella, y contrataron una camioneta que las lleva hasta la feria, las espera y las devuelve a sus casas.

Al chofer le dicen El Tano. Es un tipo alto y canoso y la mayoría de las veces es el único hombre entre las mujeres que llenan su camioneta. Él siente que las protege: lleva cincuenta pesos en la guantera por si los para la policía, y aprendió todas las mañas para esquivar a los gendarmes, que son más difíciles de coimear:

-Si justo hay partido -dice- es el momento de pasar. Si llueve o hace un sol que derrite el asfalto, también, porque ellos se quedan adentro. Los días complicados son esos días lindos, de primavera, que son ideales para que te jodan la vida. Esos días tenés que andar por caminos internos para que no te encuentren.

En ese punto Liliana se relaja: deja que ese juego del gato y ratón quede en manos de los hombres. Lo que a ella le preocupa es conseguir la mejor mercadería posible. No sabe los números de los puestos, pero se maneja en los pasillos de la feria con la destreza de una experta.

-Lo que busco es calidad -dice.

Y enseguida muestra un buzo blanco con un estampado de hilos muy finos.

-Esto -explica orgullosa- es una réplica perfecta.

La palabra trucho, con la que tanto se califica a lo que viene de La Salada, le parece casi un insulto.

\*\*\*

-Este año nos han dicho que habrá buena venta, así que tenemos que aprovechar- dice María Quispe.

-¿Quién le dijo?

-La curandera.

Si el que preguntó esperaba escuchar el nombre de algún economista conocedor de los resortes de lo popular María le cuenta de su creencia y le demuestra que entre fe y economía existe una relación que a ella le funciona. María habla de sus chamanas como si fueran contadoras o abogadas que le aconsejan qué pasos dar. Este año las visitó dos veces: la primera en febrero, cuando le prepararon la K'oa, una ofrenda que se quema en el puesto de la feria para que el año sea próspero.

La segunda fue en Bolivia, durante una de sus visitas. La fue a ver porque le dolía la columna desde aquella vez que se cayó en la feria, y no encontraba cómo curarse.

-Tu columna se quedó asustada- le dijo la curandera.

Para curarla le dio una misión: comprar un conejo blanco y volver al otro día.

-Haremos un cambio- le adelantó.

María no entendía, pero el día después aprendió rápido lo que significaba: la bruja agarró el conejo de las orejas y lo azotó como si fuera un látigo contra su espalda. En uno de esos golpes los huesos del animal crujieron. Y en ese instante los de ella sintieron el alivio que sólo deja el dolor al retirarse.

Mientras terminaba la consulta, el teléfono de la curandera empezó a sonar: llamaban de la frontera.

-Estamos cruzando con mercadería y nos persiguen -dijo la voz del otro lado.

-¿Dónde estás?- preguntó la bruja.

Cuando recibió las coordenadas, entregó la fórmula para zafar: había que bajarse del auto, sacarse toda la ropa y rezar mientras se rociaban con alcohol fino.

A María le costó imaginarse la escena. Media hora más tarde, cuando los perseguidos llamaron para decir que habían perdido a la patrulla policial, María ya no pensaba en su espalda maltrecha, o en el conejo que temblaba de dolor en el piso del consultorio: pensaba en si esta bruja tan efectiva sería capaz de llevarla con sus conjuros hasta la misma China.

-Ir allá. Ese es mi sueño.

Eso confesará después, porque ese día no tuvo la valentía suficiente para preguntarle a la bruja si era un buen proyecto o no. Ese día María prefirió el silencio, tal vez porque temía un dictamen negativo que marcara sus planes con un sello oscuro.

-China, mi sueño- repetirá como quién suspira por una estrella de cine inalcanzable-. Si voy allá tengo que vender todo: mi casa, mi auto, los puestos de la feria. Es todo un riesgo. Y allá

tengo que comprar veinte contenedores de mercadería, con cinco mil cajas cada uno. Un montón. Si sale bien me salvo. Si sale mal, me quedo sin nada.

Con sus sueños, María toca el nervio que hace circular las cosas y las personas. La economía transnacional que tiene entre sus nodos a esta ciudad intermitente está inyectada de mercancías y de sentimientos. El secreto de La Salada, dicen todos, es haber terminado con los intermediarios. Pero lo que las ferias esquivan es el frío cálculo de las empresas que multiplican costos y ganancias hasta hacer de cualquier producto un lujo. Las mercaderías que circulan desde China hasta Ingeniero Budge no lo hacen con movimientos descarnados. Cada paso que dan es impulsado por las aspiraciones, las creencias, los sufrimientos, los odios, los miedos y los deseos de quienes están en contacto con ellas. Estos sentimientos no están fuera de lo que se compra y se vende en esas calles repletas: son su nervio íntimo, el motor que permite que ese orden invisible circule y le dé vida la feria.

El sueño de María apunta al corazón de ese vértigo. Por eso todavía no se anima a dar el primer paso, contarle a los brujos. Viajar sería ponerse en el centro de la rueda en la que giran ella y todos lo que viven de la feria. Pegar el salto a ese lugar desde donde se ve el ciclo completo. O caer al vacío y volver a empezar: la feria, lo sabe, siempre siempre le va a dar una segunda oportunidad.

## Rodolfo Walsh: Esa mujer. Los oficios terrestres, 1966

El Coronel elogia mi puntualidad. -Es puntual como los alemanes -dice.

-O como los ingleses.

El Coronel tiene apellido alemán.

Es un hombre corpulento, canoso, de cara ancha, tostada.

-He leído sus cosas -propone-. Lo felicito.

Mientras sirve dos grandes vasos de whisky, me va informando, casualmente, que tiene veinte años de servicios de informaciones, que ha estudiado filosofía y letras, que es un curioso del arte. No subraya nada, simplemente deja establecido el terreno en que podemos operar, una zona vagamente común.

Desde el gran ventanal del décimo piso se ve la ciudad en el atardecer, las luces pálidas del no. Desde aquí es fácil amar, siquiera momentáneamente, a Buenos Aires. Pero no es ninguna forma concebible de amor lo que nos ha reunido.

El Coronel busca unos nombres, unos papeles que acaso yo tenga.

Yo busco una muerta, un lugar en el mapa. Aun no es una búsqueda, es apenas una fantasía: la clase de fantasía perversa que algunos sospechan que podría ocurrírseme.

Algún día (pienso en momentos de ira) iré a buscarla. Ella no significa nada para mí, y sin embargo iré tras el misterio de su muerte, detrás de sus restos que se pudren lentamente en algún remoto cementerio. Si la encuentro, frescas altas olas de cólera, miedo y frustrado amor se alzarán, poderosas vengativas olas, y por un momento ya no me sentiré solo, ya no me sentiré como una arrastrada, amarga, olvidada sombra.

El Coronel sabe donde esta.

Se mueve con facilidad en el piso de muebles ampulosos, ornado de marfiles y de bronces, de platos de Meissen y Canton. Sonríe ante el Jongkind falso, el Figari dudoso. Pienso en la cara que pondría si le dijera quien fabrica los Jongkind, pero en cambio elogio su whisky.

El bebe con vigor, con salud, con entusiasmo, con alegría, con superioridad, con desprecio. Su cara cambia y cambia, mientras sus manos gordas hacen girar el vaso lentamente.

-Esos papeles -dice. Lo miro.

-Esa mujer, Coronel. Sonríe.

-Todo se encadena -filosofa.

A un potiche de porcelana de Viena le falta una esquirla en la base. Una lámpara de cristal esta rajada. El Coronel, con los ojos brumosos y sonriendo, habla de la bomba.

-La pusieron en el palier, creen que yo tengo la culpa. Si supieran lo que he hecho por ellos, esos roñosos.

-¿Mucho daño? -pregunto. Me importa un carajo.

-Bastante. Mi hija. La he puesto en manos de un psiquiatra. Tiene doce años -dice.

El Coronel bebe, con ira, con tristeza, con miedo, con remordimiento.

Entra su mujer, con dos pocillos de café.

-Contale vos, Negra.

Ella se va sin contestar; una mujer alta, orgullosa, con un rictus de neurosis. Su desdén queda flotando como una nubecita.

-La pobre quedo muy afectada -explica el Coronel-. Pero a usted no le importa esto.

-¿Cómo no me va a importar!... Oí decir que al capitán N y al mayor X también les ocurrió alguna desgracia después de aquello.

El Coronel se ríe.

-La fantasía popular -dice-. Vea como trabaja. Pero en el fondo no inventan nada. No hacen mas que repetir.

Enciende un Marlboro, deja el paquete a mi alcance sobre la mesa.

-Cuénteme cualquier chiste -dice. Pienso. No se me ocurre.

-Cuénteme cualquier chiste político, el que quiera, y yo le demostrare que estaba inventando hace veinte años, cincuenta años, un siglo. Que se uso tras la derrota de Sedan, o a propósito de Hindenburg, de Dollfuss, de Badoglio.

-¿Y esto?

-La tumba de Tutankamon -dice el Coronel-. Lord Carnavon. Basura.

El Coronel se seca la transpiración con la mano gorda y velluda.

-Pero el mayor X tuvo un accidente, mato a su mujer.

-¿Que mas? -dice, haciendo tintinear el hielo en el vaso.

-Le pego un tiro una madrugada.

-La confundió con un ladrón -sonríe el Coronel-. Esas cosas ocurren.

-Pero el capitán N...

-Tuvo un cheque de automóvil, que lo tiene cual-quiera, y mas el, que no ve un caballo ensillado cuando se pone en pedo.

-¿Y usted, Coronel?

-Lo mío es distinto -dice-. Me la tienen jurada. Se para, da una vuelca alrededor de la mesa.

-Crean que yo tengo la culpa. Esos roñosos no saben lo que yo hice por ellos. Pero algún día se va a escribir la historia. A lo mejor la va a escribir usted.

-Me gustaría.

-Y yo voy a quedar limpio, yo voy a quedar bien. No es que me importe quedar bien con esos roñosos, pero si ante la historia, ¿comprende?

-Ojalá dependa de mí, Coronel.

-Anduvieron rondando. Una noche, uno se animo. Dejo la bomba en el palier y salió corriendo.

Mete la mano en una vitrina, saca una figurita de porcelana policromada, una pastora con un cesto de flores.

-Mire.

A la pastora le falta un bracito.

-Derby -dice-. Doscientos años.

La pastora. se pierde entre sus dedos repentinamente tiernos. El Coronel tiene una mueca de fierro en la cara nocturna, dolorida.

-¿Por que creen que usted tiene la culpa?

-Porque yo la saque de donde estaba, eso es cierto, y la lleve donde esta ahora, eso también es cierto. Pero ellos no saben lo que querían hacer, esos roñosos no saben nada, y no saben que fui yo quien lo impidió.

El Coronel bebe, con ardor, con orgullo, con fiereza, con elocuencia, con método.

-Porque yo he estudiado historia. Puedo ver las cosas con perspectiva histórica. Yo he leído a Hegel.

-¿Que querían hacer?

-Fondearla en el río, tirarla de un avión, quemarla y arrojar los restos por el inodoro, diluirla en ácido. ¡Cuanta basura tiene que oír uno! Este país esta cubierto de basura, uno no sabe de donde sale tanta basura, pero estamos todos hasta el cogote.

-Todos, Coronel. Porque en el fondo estamos de acuerdo, ¿no? Ha llegado la hora de destruir. Habría que romper todo.

-Y orinarle encima.

-Pero sin remordimientos, Coronel. Enarbolando alegremente la bomba y la picana. ¡Salud! -digo levantando el vaso.

No contesta. Estamos sentados junto al ventanal. Las luces del puerto brillan: azul mercurio. De a ratos se oyen las bocinas de los automóviles, arrastrándose lejanas como las voces de un sueño. El Coronel es apenas la mancha gris de su cara sobre la mancha blanca de su camisa.

-Esa mujer -le oigo murmurar-. Estaba desnuda en el ataúd y parecía una virgen. La piel se le había vuelto transparente. Se veían las metástasis del cáncer, como esos dibujitos que uno hace en una ventanilla mojada.

El Coronel bebe. Es duro.

-Desnuda -dice-. Éramos cuatro o cinco y no queríamos mirarnos. Estaba ese capitán de navío, y el gallego que la embalsamo, y no me acuerdo quien mas. Y cuando la sacamos del ataúd -el Coronel se pasa la mano por la frente-, cuando la sacamos, ese gallego asqueroso...

Oscurece por grados, como en un teatro. La cara del Coronel es casi invisible. Solo el whisky brilla en su vaso, como un fuego que se apaga despacio. Por la puerta abierta del departamento llegan remotos ruidos. La puerta del ascensor se ha cerrado en la planta baja, se ha abierto mas cerca. El enorme edificio cuchichea, respira, gorgotea con sus cañerías, sus incineradores, sus cocinas, sus chicos, sus televisores, sus sirvientas. Y ahora el Coronel se ha parado, empuña una metralleta que no le vi sacar de ninguna parte, y en puntas de pie camina hacia el palier, enciende la luz de golpe, mira el ascético, geométrico, irónico vacío del palier, del ascensor, de la escalera, donde no hay absolutamente nadie, y regresa despacio, arrastrando la metralleta.

-Me pareció oír. Esos roñosos no me van a agarrar descuidado, como la vez pasada.

Se sienta, mas cerca del ventanal ahora. La metralleta ha desaparecido y el Coronel divaga nuevamente sobre aquella gran escena de su vida.

-... se le tiro encima, ese gallego asqueroso. Estaba enamorado del cadáver, la tocaba, le manoseaba los pezones. Le di una trompada, mire -el Coronel se mira los nudillos-, que lo tire contra la pared. Esta todo podrido, no respetan ni a la muerte. ¿Le molesta la oscuridad?

-No.

-Mejor. Desde aquí puedo ver la calle. Y pensar. Pienso siempre. En la oscuridad se piensa mejor. Vuelve a servirse un whisky.

-Pero esa mujer estaba desnuda -dice, argumenta contra un invisible contradictor-. Tuve que taparle el monte de Venus, le puse una mortaja y el cinturón franciscano.

Bruscamente se ríe.

-Tuve que pagar la mortaja de mi bolsillo. Mil cuatrocientos pesos. Eso le demuestra, ¿eh? Eso le demuestra.

Repite varias veces "Eso le demuestra", como un juguete mecánico, sin decir que es lo que eso me demuestra.

-Tuve que buscar ayuda para cambiarla de ataúd. Llame a unos obreros que había por ahí. Figúrese como se quedaron. Para ellos era una diosa, que se yo las cosas que les meten en la cabeza, pobre gente.

-¿Pobre gente?

-Sí, pobre gente. -El Coronel lucha contra una escurridiza cólera interior.- Yo también soy argentino.

-Yo también, Coronel, yo también. Somos todos argentinos.

-Ah, bueno -dice.

-¿La vieron así?

-Sí, ya le dije que esa mujer estaba desnuda. Una diosa, y desnuda, y muerta. Con toda la muerte al aire, ¿sabe? Con todo, con todo...

La voz del Coronel se pierde en una perspectiva surrealista, esa frasecita cada vez mas remota encuadrada en sus líneas de fuga, y el descenso de la voz manteniendo una divina proporción o que. Yo también me sirvo un whisky.

-Para mí no es nada -dice el Coronel-. Yo estoy acostumbrado a ver mujeres desnudas. Muchas en mi vida. Y hombres muertos. Muchos en Polonia, el '39. Yo era agregado militar, dese cuenta.

Quiero darme cuenta, sumo mujeres desnudas mas hombres muertos, pero el resultado no me da, no me da, no me da... Con un solo movimiento muscular me pongo sobrio, como un perro que se sacude el agua.

-A mí no me podía sorprender. Pero. ellos...

-¿Se impresionaron?

-Uno se desmayo. Lo desperté a bofetadas. Le dije: "Maricón, ¿esto es lo que haces cuando tenes que enterrar a tu reina? Acordate de San Pedro, que se durmió cuando lo mataban a Cristo". Después me agradeció.

Miro la calle. "Coca" dice el letrero, plata sobre rojo. "Cola" dice el letrero, plata sobre rojo. La pupila inmensa crece, círculo rojo tras concéntrico círculo rojo, invadiendo la noche, la ciudad, el mundo. "Beba."

-Beba -dice el Coronel. Bebo.

-¿Me escucha?

-Lo escucho.

-Le cortamos un dedo.

-¿Era necesario?

El Coronel es de plata, ahora. Se mira la punta del índice, la demarca con la uña del pulgar y la alza.

-Tantito a sí'. Para identificarla.

-¿No sabían quien era?

Se ríe. La mano se vuelve roja. "Beba."

-Sabíamos, sí. Las cosas tienen que ser legales. Era un acto histórico, ¿comprende?

-Comprendo.

-La impresión digital no agarra si el dedo esta muerto. Hay que hidratarlo. Mas tarde se lo pegamos.

-¿Y?

-Era ella. Esa mujer era ella.

-¿Muy cambiada?

-No, no, usted no me entiende. Igualita. Parecía que iba a hablar, que iba a... Lo del dedo es para que todo fuera legal. El profesor R. controla todo, hasta le saco radiografías.

-¿El profesor R.?

-Sí. Eso no lo podía hacer cualquiera. Hacía falta alguien con autoridad científica, moral.

En algún lugar de la casa suena, remota, entrecorta-da, una campanilla. No veo entrar a la mujer del Coronel, pero de pronto esta ahí, su voz amarga, incontestable:

-('Enciendo?

-No.

-Teléfono.

-Deciles que no estoy. Desaparece.

-Es para patearme -explica el Coronel-. Me llaman a cualquier hora. A las tres de la madrugada, a las cinco.

-Ganas de joder -digo alegremente.

-Cambie tres veces el numero del teléfono. Pero siempre lo averiguan.  
-¿Qué le dicen?  
-Qué a mi hija le agarre la polio. Que me van a cortar los huevos. Basura.  
Oigo el hielo en el vaso, como un cencerro lejano.  
-Hice una ceremonia, los arengue. Yo respeto las ideas, les dije. Esa mujer hizo mucho por ustedes. Yo la voy enterrar como cristiana. Pero tienen que ayudarme.  
El Coronel esta de pie y bebe con coraje, con exasperación, con grandes y altas ideas que refluyen sobre el como grandes y altas olas contra un peñasco y lo dejan intocado y seco, recortado y negro, rojo y plata.  
-La sacamos en un furgón, la tuve en Viamonte, después en 25 de Mayo, siempre cuidándola, protegiendo-la, escondiéndola. Me la querían quitar, hacer algo con ella. La tape con una lona, estaba en mi despacho, sobre un armario, muy alto. Cuando me preguntaban que era, les decía que era el transmisor de Córdoba, la Voz de la Libertad.  
Ya no se donde esta el Coronel. El reflejo plateado lo busca, la pupila roja. Tal vez ha salido. Tal vez ambula entre los muebles. El edificio huele vagamente a sopa en la cocina, colonia en el baño, pañales en la cuna, remedios, cigarrillos, vida, muerte.  
-Llueve -dice su voz extraña.  
Miro el cielo: el perro Sirio, el cazador Orión.  
-Llueve día por medio -dice el Coronel-. Día por me-dio llueve en un jardín donde todo se pudre, las rosas, el pino, el cinturón franciscano.  
Donde, pienso, donde.  
-¡Esta parada! -grita el Coronel-. ¡La enterré parada, como Facundo, porque era un macho!  
Entonces lo veo, en la otra punta de la mesa. Y por un momento, cuando el resplandor cárdeno lo baña, creo que llora, que gruesas lagrimas le resbalan por la cara.  
-No me haga caso -dice, se sienta-. Estoy borracho.  
Y largamente llueve en su memoria. Me paro, le toco el hombro.  
-¿Eh? -dice-. ¿Eh? -dice.  
Y me mira con desconfianza, como un ebrio que se despierta en un tren desconocido.  
-¿La sacaron del país?  
-Sí.  
-¿La saco usted?  
-Sí.  
-¿Cuántas personas saben?  
-Dos.  
-¿El Viejo sabe? Se ríe.  
-Cree que sabe.  
-¿Dónde? No contesta.  
-Hay que escribirlo, publicarlo.  
-Sí. Algún día.  
Parece cansado, remoto.  
-¡Ahora! -me exaspero-. ¿No le preocupa la historia? ;Yo escribo la historia, y usted queda bien, bien para siempre, Coronel!  
La lengua se le pega al paladar, a los dientes.  
-Cuando llegue el momento..., usted será el primero...  
-No, ya mismo. Piense. *Paris Match. Life*. Cinco mil dólares. Diez mil. Lo que quiera. Se ríe.  
-¿Dónde, Coronel, donde?  
Se para despacio, no me conoce. Tal vez va a preguntarme quien soy, que hago ahí.  
Y mientras salgo derrotado, pensando que tendré que volver, o que no volveré nunca. Mientras mi dedo índice inicia ya ese infatigable itinerario por los mapas, uniendo isoyetas, probabilidades, complicidades. Mientras se que ya no me interesa, y que justamente no moveré un dedo, ni siquiera en un mapa, la voz del Coronel me alcanza como una revelación:  
-Es mía -dice simplemente-. Esa mujer es mía.

# Carta abierta de Rodolfo Walsh a la Junta militar en 1977, al cumplirse un año del golpe de Estado de 1976

24 de marzo de 1977

Rodolfo Jorge Walsh

### Fuente

*Rodolfo Walsh, Operación Masacre. Buenos Aires, Ediciones de la Flor, 2000.*

---

## CARTA ABIERTA DE UN ESCRITOR A LA JUNTA MILITAR

1. La censura de prensa, la persecución a intelectuales, el allanamiento de mi casa en el Tigre, el asesinato de amigos queridos y la pérdida de una hija que murió combatiéndolos, son algunos de los hechos que me obligan a esta forma de expresión clandestina después de haber opinado libremente como escritor y periodista durante casi treinta años.

El primer aniversario de esta Junta Militar ha motivado un balance de la acción de gobierno en documentos y discursos oficiales, donde lo que ustedes llaman aciertos son errores, los que reconocen como errores son crímenes y lo que omiten son calamidades.

El 24 de marzo de 1976 derrocaron ustedes a un gobierno del que formaban parte, a cuyo desprestigio contribuyeron como ejecutores de su política represiva, y cuyo término estaba señalado por elecciones convocadas para nueve meses más tarde.

En esa perspectiva lo que ustedes liquidaron no fue el mandato transitorio de Isabel Martínez sino la posibilidad de un proceso democrático donde el pueblo remediara males que ustedes continuaron y agravaron.

Ilegítimo en su origen, el gobierno que ustedes ejercen pudo legitimarse en los hechos recuperando el programa en que coincidieron en las elecciones de 1973 el ochenta por ciento de los argentinos y que sigue en pie como expresión objetiva de la voluntad del pueblo, único significado posible de ese "ser nacional" que ustedes invocan tan a menudo.

Invirtiendo ese camino han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación.

Una política semejante solo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina.

2. Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror.

Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional.

El secreto militar de los procedimientos, invocado como necesidad de la investigación, convierte a la mayoría de las detenciones en secuestros que permiten la tortura sin límite y el fusilamiento sin juicio. (1)

Más de siete mil recursos de hábeas corpus han sido contestados negativamente este último año. En otros miles de casos de desaparición el recurso ni siquiera se ha presentado porque se conoce de antemano su inutilidad o porque no se encuentra abogado que ose presentarlo después que los cincuenta o sesenta que lo hacían fueron a su turno secuestrados.

De este modo han despojado ustedes a la tortura de su límite en el tiempo. Como el detenido no existe, no hay posibilidad de presentarlo al juez en diez días según manda una ley que fue respetada aun en las cumbres represivas de anteriores dictaduras.

La falta de límite en el tiempo ha sido complementada con la falta de límite en los métodos, retrocediendo a épocas en que se operó directamente sobre las articulaciones y las vísceras de las víctimas, ahora con auxiliares quirúrgicos y farmacológicos de que no dispusieron los antiguos verdugos. El potro, el torno, el despellejamiento en vida, la sierra de los inquisidores medievales reaparecen en los testimonios junto con la picana y el "submarino", el soplete de las actualizaciones contemporáneas. (2)

Mediante sucesivas concesiones al supuesto de que el fin de exterminar a la guerrilla justifica todos los medios que usan, han llegado ustedes a la tortura absoluta, intemporal, metafísica en la medida que el fin original de obtener información se extravía en las mentes perturbadas que la administran para ceder al impulso de machacar la sustancia humana hasta quebrarla y hacerle perder la dignidad, que perdió el verdugo, que ustedes mismos han perdido.

3. La negativa de esa Junta a publicar los nombres de los prisioneros es asimismo la cobertura de una sistemática ejecución de rehenes en lugares descampados y horas de la madrugada con el pretexto de fraguados combates e imaginarias tentativas de fuga.

Extremistas que panfletean el campo, pintan acequias o se amontonan de a diez en vehículos que se incendian son los estereotipos de un libreto que no está hecho para ser creído sino para burlar la reacción internacional ante ejecuciones en regla mientras en lo interno se subraya el carácter de represalias desatadas en los mismos lugares y en fecha inmediata a las acciones guerrilleras.

Setenta fusilados tras la bomba en Seguridad Federal, 55 en respuesta a la voladura del Departamento de Policía de La Plata, 30 por el atentado en el Ministerio de Defensa, 40 en la Masacre del Año Nuevo que siguió a la muerte del coronel Castellanos, 19 tras la explosión que destruyó la comisaría de Ciudadela, forman parte de 1.200 ejecuciones en 300

supuestos combates donde el oponente no tuvo heridos y las fuerzas a su mando no tuvieron muertos. (3)

El remate de guerrilleros heridos o capturados en combates reales es asimismo una evidencia que surge de los comunicados militares que en un año atribuyeron a la guerrilla 600 muertos y solo 10 o 15 heridos, proporción desconocida en los más encarnizados conflictos. Esta impresión es confirmada por un muestreo periodístico de circulación clandestina que revela que entre el 18 de diciembre de 1976 y el 3 de febrero de 1977, en 40 acciones reales, las fuerzas legales tuvieron 23 muertos y 40 heridos, y la guerrilla 63 muertos.

Más de cien procesados han sido igualmente abatidos en tentativas de fuga cuyo relato oficial tampoco está destinado a que alguien lo crea sino a prevenir a la guerrilla y los partidos de que aun los presos reconocidos son la reserva estratégica de las represalias de que disponen los Comandantes de Cuerpo según la marcha de los combates, la conveniencia didáctica, el humor del momento.

Así ha ganado sus laureles el general Benjamín Menéndez, jefe del Tercer Cuerpo del Ejército, antes del 24 de marzo con el asesinato de Marcos Osatinsky, detenido en Córdoba, después con la muerte de Hugo Vaca Narvaja y otros cincuenta prisioneros en variadas aplicaciones de la ley de fuga, ejecutadas sin piedad y narradas sin pudor. (4) El asesinato de Dardo Cabo, detenido en abril de 1975, fusilado el 6 de enero de 1977 con otros siete prisioneros en jurisdicción del Primer Cuerpo de Ejército que manda el general Suárez Mason, revela que estos episodios no son desbordes de algunos centuriones alucinados sino la política misma que ustedes planifican en sus estados mayores, discuten en sus reuniones de gabinete, imponen como comandantes en jefe de las 3 Armas y aprueban como miembros de la Junta de Gobierno.

4. Entre mil quinientas y tres mil personas han sido masacradas en secreto después que ustedes prohibieron informar sobre hallazgos de cadáveres que en algunos casos han trascendido, sin embargo, por afectar a otros países, por su magnitud genocida o por el espanto provocado entre sus propias fuerzas. (5)

Veinticinco cuerpos mutilados afloraron entre marzo y octubre de 1976 en las costas uruguayas, pequeña parte quizás del cargamento de torturados hasta la muerte en la Escuela de Mecánica de la Armada, fondeados en el Río de la Plata por buques de esa fuerza, incluyendo el chico de 15 años, Floreal Avellaneda, atado de pies y manos, "con lastimaduras en la región anal y fracturas visibles" según su autopsia. Un verdadero cementerio

lacustre descubrió en agosto de 1976 un vecino que buceaba en el lago San Roque de Córdoba, acudió a la comisaría donde no le recibieron la denuncia y escribió a los diarios que no la publicaron. (6)

Treinta y cuatro cadáveres en Buenos Aires entre el 3 y el 9 de abril de 1976, ocho en San Telmo el 4 de julio, diez en el Río Luján el 9 de octubre, sirven de marco a las masacres del 20 de agosto que apilaron 30 muertos a 15 kilómetros de Campo de Mayo y 17 en Lomas de Zamora.

En esos enunciados se agota la ficción de bandas de derecha, presuntas herederas de las 3 A de López Rega, capaces de atravesar la mayor guarnición del país en camiones militares, de alfombrar de muertos el Río de la Plata o de arrojar prisioneros al mar desde los transportes de la 1ª Brigada Aérea (7), sin que se enteren el general Videla, el almirante Massera o el brigadier Agosti. Las 3 A son hoy las 3 Armas, y la Junta que ustedes presiden no es el fiel de la balanza entre "violencias de distintos signos" ni el árbitro justo entre "dos terrorismos", sino la fuente misma del terror que ha perdido el rumbo y solo puede balbucear el discurso de la muerte. (8)

La misma continuidad histórica liga el asesinato del general Carlos Prats, durante el anterior gobierno, con el secuestro y muerte del general Juan José Torres, Zelmar Michelini, Héctor Gutiérrez Ruiz y decenas de asilados, en quienes se ha querido asesinar la posibilidad de procesos democráticos en Chile, Bolivia y Uruguay. (9)

La segura participación en esos crímenes del Departamento de Asuntos Extranjeros de la Policía Federal, conducido por oficiales becados de la CIA a través de la AID, como los comisarios Juan Gattei y Antonio Gettor, sometidos ellos mismos a la autoridad de Mr. Gardener Hathaway, Station Chief de la CIA en Argentina, es semillero de futuras revelaciones como las que hoy sacuden a la comunidad internacional, que no han de agotarse siquiera cuando se esclarezca el papel de esa agencia y de altos jefes del Ejército, encabezados por el general Menéndez, en la creación de la Logia Libertadores de América, que reemplazó a las 3 A hasta que su papel global fue asumido por esa Junta en nombre de las 3 Armas.

Este cuadro de exterminio no excluye siquiera el arreglo personal de cuentas como el asesinato del capitán Horacio Gándara, quien desde hace una década investigaba los negociados de altos jefes de la Marina, o del periodista de "Prensa Libre", Horacio Novillo, apuñalado y calcinado después que ese diario denunció las conexiones del ministro Martínez de Hoz con monopolios internacionales.

A la luz de estos episodios cobra su significado final la definición de la guerra pronunciada por uno de sus jefes: "La lucha que libramos no reconoce límites morales ni naturales, se realiza más allá del bien y del mal". (10)

5. Estos hechos, que sacuden la conciencia del mundo civilizado, no son sin embargo los que mayores sufrimientos han traído al pueblo argentino ni las peores violaciones de los derechos humanos en que ustedes incurren. En la política económica de ese gobierno debe buscarse no solo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada.

En un año han reducido ustedes el salario real de los trabajadores al 40 %, disminuido su participación en el ingreso nacional al 30 %, elevado de 6 a 18 horas la jornada de labor que necesita un obrero para pagar la canasta familiar (11), resucitando así formas de trabajo forzado que no persisten ni en los últimos reductos coloniales.

Congelando salarios a culatazos mientras los precios suben en las puntas de las bayonetas, aboliendo toda forma de reclamación colectiva, prohibiendo asambleas y comisiones internas, alargando horarios, elevando la desocupación al récord del 9 % (12) y prometiendo aumentarla con 300.000 nuevos despidos, han retrotraído las relaciones de producción a los comienzos de la era industrial, y cuando los trabajadores han querido protestar los han calificado de subversivos, secuestrando cuerpos enteros de delegados que en algunos casos aparecieron muertos, y en otros no aparecieron. (13)

Los resultados de esa política han sido fulminantes. En este primer año de gobierno el consumo de alimentos ha disminuido el 40 %, el de ropa más del 50 %, el de medicinas ha desaparecido prácticamente en las capas populares. Ya hay zonas del Gran Buenos Aires donde la mortalidad infantil supera el 30%, cifra que nos iguala con Rhodesia, Dahomey o las Guayanas; enfermedades como la diarrea estival, las parasitosis y hasta la rabia en que las cifras trepan hacia marcas mundiales o las superan. Como si ésas fueran metas deseadas y buscadas, han reducido ustedes el presupuesto de la salud pública a menos de un tercio de los gastos militares, suprimiendo hasta los hospitales gratuitos mientras centenares de médicos, profesionales y técnicos se suman al éxodo provocado por el terror, los bajos sueldos o la "racionalización".

Basta andar unas horas por el Gran Buenos Aires para comprobar la rapidez con que semejante política la convierte en una villa miseria de diez millones de habitantes. Ciudades a media luz, barrios enteros sin agua porque las

industrias monopólicas saquean las napas subterráneas, millares de cuadras convertidas en un solo bache porque ustedes solo pavimentan los barrios militares y adornan la Plaza de Mayo, el río más grande del mundo contaminado en todas sus playas porque los socios del ministro Martínez de Hoz arrojan en él sus residuos industriales, y la única medida de gobierno que ustedes han tomado es prohibir a la gente que se bañe.

Tampoco en las metas abstractas de la economía, a las que suelen llamar "el país", han sido ustedes más afortunados. Un descenso del producto bruto que orilla el 3 %, una deuda exterior que alcanza a 600 dólares por habitante, una inflación anual del 400 %, un aumento del circulante que en solo una semana de diciembre llegó al 9 %, una baja del 13 % en la inversión externa constituyen también marcas mundiales, raro fruto de la fría deliberación y la cruda inepticia.

Mientras todas las funciones creadoras y protectoras del Estado se atrofian hasta disolverse en la pura anemia, una sola crece y se vuelve autónoma. Mil ochocientos millones de dólares, que equivalen a la mitad de las exportaciones argentinas, presupuestados para Seguridad y Defensa en 1977, cuatro mil nuevas plazas de agentes en la Policía Federal, doce mil en la provincia de Buenos Aires con sueldos que duplican el de un obrero industrial y triplican el de un director de escuela, mientras en secreto se elevan los propios sueldos militares a partir de febrero en un 120 %, prueban que no hay congelación ni desocupación en el reino de la tortura y de la muerte, único campo de la actividad argentina donde el producto crece y donde la cotización por guerrillero abatido sube más rápido que el dólar.

6. Dictada por el Fondo Monetario Internacional según una receta que se aplica indistintamente al Zaire o a Chile, a Uruguay o Indonesia, la política económica de esa Junta solo reconoce como beneficiarios a la vieja oligarquía ganadera, la nueva oligarquía especuladora y un grupo selecto de monopolios internacionales encabezados por la ITT, la Esso, las automotrices, la U.S. Steel, la Siemens, al que están ligados personalmente el ministro Martínez de Hoz y todos los miembros de su gabinete. Un aumento del 722 % en los precios de la producción animal en 1976 define la magnitud de la restauración oligárquica emprendida por Martínez de Hoz en consonancia con el credo de la Sociedad Rural expuesto por su presidente Celedonio Pereda: "Llena de asombro que ciertos grupos pequeños pero activos sigan insistiendo en que los alimentos deben ser baratos". (14)

El espectáculo de una Bolsa de Comercio donde en una semana ha sido posible para algunos ganar sin trabajar el cien y el doscientos por ciento,

donde hay empresas que de la noche a la mañana duplicaron su capital sin producir más que antes, la rueda loca de la especulación en dólares, letras, valores ajustables, la usura simple que ya calcula el interés por hora, son hechos bien curiosos bajo un gobierno que venía a acabar con el "festín de los corruptos". Desnacionalizando bancos se ponen el ahorro y el crédito nacional en manos de la banca extranjera, indemnizando a la ITT y a la Siemens se premia a empresas que estafaron al Estado, devolviendo las bocas de expendio se aumentan las ganancias de la Shell y la Esso, rebajando los aranceles aduaneros se crean empleos en Hong Kong o Singapur y desocupación en la Argentina. Frente al conjunto de esos hechos cabe preguntarse quiénes son los apátridas de los comunicados oficiales, dónde están los mercenarios al servicio de intereses foráneos, cuál es la ideología que amenaza al ser nacional.

Si una propaganda abrumadora, reflejo deforme de hechos malvados, no pretendiera que esa Junta procura la paz, que el general Videla defiende los derechos humanos o que el almirante Massera ama la vida, aún cabría pedir a los señores Comandantes en Jefe de las 3 Armas que meditaran sobre el abismo al que conducen al país tras la ilusión de ganar una guerra que, aun si mataran al último guerrillero no haría más que empezar bajo nuevas formas, porque las causas que hace más de veinte años mueven la resistencia del pueblo argentino no estarán desaparecidas sino agravadas por el recuerdo del estrago causado y la revelación de las atrocidades cometidas.

Éstas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.

Rodolfo Jorge Walsh. - C.I. 2845022

Buenos Aires, 24 de marzo de 1977.

1 Desde enero de 1977 la Junta empezó a publicar nóminas incompletas de nuevos detenidos y de "liberados" que en su mayoría no son tales sino procesados que dejan de estar a su disposición pero siguen presos. Los nombres de millares de prisioneros son aún secreto militar y las condiciones para su tortura y posterior fusilamiento permanecen intactas.

2 El dirigente peronista Jorge Lizaso fue despellejado en vida; un ex diputado radical, Mario Amaya, muerto a palos, el ex diputado Muñiz

Barreto, desnucado de un golpe. Testimonio de una sobreviviente: "Picana en los brazos, las manos, los muslos, cerca de la boca cada vez que lloraba o rezaba... Cada veinte minutos abrían la puerta y me decían que me iban a hacer fiambre con la máquina de sierra que se escuchaba".

3 "Cadena Informativa", mensaje N° 4, febrero de 1977.

4 Una versión exacta aparece en esta carta de los presos en la Cárcel de Encausados al obispo de Córdoba, monseñor Primatesta: "El 17 de mayo son retirados con el engaño de ir a la enfermería seis compañeros que luego son fusilados. Se trata de Miguel Ángel Mosse, José Svaguza, Diana Fidelman, Luis Verón, Ricardo Yung y Eduardo Hernández, de cuya muerte en un intento de fuga informó el Tercer Cuerpo de Ejército. El 29 de mayo son retirados José Puchet, y Carlos Sgadurra. Este último había sido castigado al punto de que no se podía mantener en pie, sufriendo varias fracturas de miembros. Luego aparecen también fusilados en un intento de fuga".

5 En los primeros 15 días de gobierno militar aparecieron 63 cadáveres, según los diarios. Una proyección anual da la cifra de 1.500. La presunción de que puede ascender al doble se funda en que desde enero de 1976 la información periodística era incompleta y en el aumento global de la represión después del golpe. Una estimación global verosímil de las muertes producidas por la Junta es la siguiente. Muertos en combate: 600. Fusilados: 1.300. Ejecutados en secreto: 2.000. Varios: 100. Total: 4.000.

6 Carta de Isaías Zanotti, difundida por ANCLA, Agencia Clandestina de Noticias.

7 "Programa" dirigido entre julio y diciembre de 1976 por el brigadier Mariani, jefe de la Primera Brigada Aérea del Palomar. Se usaron transportes Fokker F-27.

8 El canciller vicealmirante Guzzeti en reportaje publicado por "La Opinión" el 3-10-76 admitió que "el terrorismo de derecha no es tal" sino "un anticuerpo".

9 El general Prats, último ministro de Ejército del presidente Allende, muerto por una bomba en setiembre de 1974. Los ex parlamentarios uruguayos Michelini y Gutiérrez Ruiz aparecieron acribillados el 2-5-76. El cadáver del general Torres, ex presidente de Bolivia, apareció el 2-6-76, después que el ministro del Interior y ex jefe de Policía de Isabel Martínez, general Harguindeguy, lo acusó de "simular" su secuestro.

## Archivo histórico

<http://archivohistorico.educ.ar>

---

10 Teniente Coronel Hugo Ildebrando Pascarelli, según "La Razón" del 12-6-76. Jefe del Grupo I de Artillería de Ciudadela. Pascarelli es el presunto responsable de 33 fusilamientos entre el 5 de enero y el 3 de febrero de 1977.

11 Unión de Bancos Suizos, dato correspondiente a junio de 1976. Después la situación se agravó aún más.

12 Diario "Clarín".

13 Entre los dirigentes nacionales secuestrados se cuentan Mario Aguirre de ATE, Jorge Di Pasquale de Farmacia, Oscar Smith de Luz y Fuerza. Los secuestros y asesinatos de delegados han sido particularmente graves en metalúrgicos y navales.

14 "Prensa Libre", 16-12-76.

*Rodolfo Walsh*  
2017

RODOLFO WALSH

# EL VIOLENTO OFICIO DE ESCRIBIR

Obra periodística (1953-1977)

Edición corregida y aumentada a cargo de  
Daniel Link

Prólogo: Rogelio García Lupo



EDICIONES DE LA FLOR

## CARNAVAL CATÉ

### Corrientes: Momo se moja los pies

El señor Boschetti miró al cielo y dijo:

—Con tal que no llueva.

Parecía preocupado.

—Si la luna se hace con agua —agregó—, estamos perdidos.

Desde setiembre a febrero había llovido día por medio en Corrientes. Había grandes zonas inundadas y las pérdidas eran tremendas: 90% del algodón, 60% de tabaco, 80% de arroz. Pero lo que desesperaba al señor Boschetti era la posibilidad de que las lluvias arruinaran, además, el carnaval.

El próspero comerciante en farmacia y presidente de la comparsa Ará Berá no estaba solo en esa inquietud. Lo acompañaban decenas de organizadores, centenares de comparseros, millares de espectadores. En vastos galpones crecía un mundo de figuras mitológicas de yeso y de papel maché; los talleres de electrotecnia armaban para las carrozas centenares de tubos de cristal; de las tiendas a la calle se derramaban cascadas de lentejuelas y canutillos, arroyos de *strass*, perlas y piedras de colores. Las modistas y bordadoras profesionales no daban abasto y legiones de madres de familia cosían hasta altas horas de la noche.

Este frenesí encontraba chica la ciudad, se extendía a Buenos Aires donde pagaba 5.000 pesos el metro de lamé francés; al Brasil, de donde importaba los últimos instrumentos de percusión para las escuelas de samba, o los más ruidosos *foguetes*; a Alemania, de donde viajaba un grupo electrógeno comprado especialmente para iluminar una de las carrozas.

Alentando esa fiebre, en cada casa, en cada barrio, en cada oficina pública palpitaba una conflagración que comprometía a la ciudad entera.

## Barbudos en el galpón

—Los odio —dice la muchacha—. Los mataría. Los quemaría.

Sus labios tiemblan y en sus ojos oscuros arde una pasión furiosa. Se refiere, por supuesto, a la comparsa rival.

Durante enero y febrero el curso normal de la vida se detiene en Corrientes. Familias unidas por vieja amistad dejan de visitarse, noviazgos se rompen, negocios se suspenden, la agria política desaparece y una imponente ola de rivalidad, excitación, entusiasmo, sacude a la hermosa ciudad.

Protagonistas de esa lucha son las dos grandes comparsas que en seis años han resucitado el carnaval correntino para convertirlo en el más suntuoso, contradictorio y —por momentos— divertido espectáculo del país.

Ará Berá y Copacabana libran una guerra que amén de la competencia específica por el triunfo incluye la rivalidad económica, el espionaje, la diplomacia, la acción psicológica, y que encuentra su símbolo final en las descargas de explosivos que en los días de corso atruenan las calles.

En la campaña electoral de 1965 los partidos suspendieron toda actividad durante quince días porque sus actos no podían competir con las apariciones de las comparsas. Después, en las urnas hubo votos a favor de Copacabana y votos para Ará Berá.

La división alcanza los más altos estrados oficiales. En 1966 afectó espectacularmente al Ministerio de Obras Públicas, donde el ministro Ricardo Leconte era partidario influyente de Ará Berá mientras el subsecretario ingeniero Piazza integraba la comisión de Copacabana.

Con obvia lógica la psicosis bélica llega a los cuarteles y se realimenta en ellos. *Panorama* presenció este año el estallido en plena fiesta de cargas de TNT y pólvora, con mechas de incentivamiento que usa el Ejército para salvas y que, desde luego, no se compran en el quiosco de la esquina porque su proveedor es la Dirección General de Fabricaciones Militares. Como las dos comparsas desplegaron análogo poder de fuego, cabe deducir que su influencia en el sector viril de la sociedad es equivalente.

En el ámbito femenino, la guerra era más dulce, más material, más insidiosa. María Elvira Gallino Costa de Martínez, madre de Kalí I, reina de Copacabana, admitía haber “saqueado” las tiendas de Buenos Aires para realizar el vestuario de su hija, a un costo total de un millón y medio de pesos, solventado por el magnate naviero José G. Martínez.

Diego Ruiz, comerciante en automotores, gastó apenas 600.000 pesos para vestir a su hija, Graciela, de Ará Berá.

Por la radio los adversarios se desafiaban o se burlaban sin nombrarse en audiciones cotidianas. Una sutil diplomacia llevaba a las comparsas a los bailes de los barrios más lejanos en busca de aliados o del vallaje de reinas menores.

Oficialmente nadie sabía qué temas presentarían las comparsas, qué tamaño tendrían las carrozas, cómo irían vestidas las reinas. Sobre este secreto prosperaba el espionaje y los más descalibrados rumores.

Recientes símbolos de la guerra revolucionaria estaban presentes en el custodiado galpón donde el pintor y director interino de Cultura, Rolando Díaz Cabral, armaba la carroza de Ará Berá. Rolando y sus comparseros se habían dejado la barba, y amenazaban no cortársela si perdían el premio carroza.

—Es un sacrificio —admitió Rolando—. En Corrientes la barba no se usa, y cuando usted sale a la calle, se expone a que le digan cualquier cosa.

El estado de emergencia provincial, que el gobierno había decretado poco antes por causa de las lluvias, estaba olvidado. El estado de catástrofe pertenecía al futuro de los papeles, de los borrosos planes de ayuda, y a la entraña del Paraná que en esos días iniciales de febrero se mantenía estacionario en su altura crítica, superior a los seis metros. La ciudad, alegremente le daba la espalda.

## La era de los Sanabria

Inútil acordarse del carnaval de los negros —hoy nostalgia de blancos— en el barrio Cambá-Cuá, de los corsos de La Cruz, o del Monumental Salón donde se jugaba a baldazos hasta que el agua llegaba a los tobillos. Hace diez años la fiesta estaba muerta, como en el resto del país.

Una cara, una frontera, de Corrientes está vuelta hacia el Brasil. En Libres, río por medio con Uruguayana, sobrevivían las carrozas, las comparsas, el son de los tambores. En 1961 los Sanabria, poderosos arroceros del lugar, los llevaron a Corrientes.

De este modo surgió Copacabana y con ella el Nuevo Carnaval. Fue de entrada un núcleo de gente rica, despreocupada, *caté*.

—Somos trescientos, pero trescientos bien —dice la señora Martínez.

El origen de Ará Berá es más incierto. Una versión que Copacabana propaga con evidente regocijo arguye que inicialmente fueron un grupo de "chicos" rechazados de la comparsa fundadora por su escasa edad.

—Es falso —niega indignada Ará Berá—. Tuvimos la misma idea y salimos al corso la misma noche.

Hasta aquí la historia con su germen de revisionismo. Olga Péndola Gallino (Copacabana) da una versión menos ortodoxa:

—Las comparsas las hicimos las chicas, porque cuando llegaba el carnaval los muchachos se iban a los barrios a bailar con las negritas.

En 1961 cada comparsa cabía en un camión. Hoy, necesita tres o cuatro cuadras para desplegarse. Los treinta comparseros de Ará Berá se han convertido en 430. Los de Copacabana, en 270. (Sin contar los grupos infantiles, que duplican esas cantidades.) El precio de un traje ha subido de 170 pesos a 20.000.

Para 1962, la competencia estaba firmemente establecida, con tres premios en disputa. Ará Berá ganó el de comparsa; Copacabana, los de reina y carroza. El esquema se repitió en años sucesivos, salvo un empate en comparsa en 1964.

Con la competencia nació la incontenible hostilidad. En 1962 un encuentro casual de ambos grupos (que ahora todos tratan de evitar) terminó a bastonazos en el Club Hércules. En 1964 Ará Berá, descontenta con el fallo, renunció ruidosamente al premio compartido. En 1965, Copacabana bailó de espaldas al gobernador y al jurado en la noche del desfile final.

Este año la lucha debía ser a muerte. Con idéntica firmeza, Copacabana y Ará Berá anunciaban que no admitirían fallos salomónicos ni el reparto disimulado de premios.

La consigna era todo o nada y, por consiguiente, el aniquilamiento del enemigo.

### ¿Caté o no?

El mote de *caté* ("bien") que el público aplica a Copacabana provoca fognazos de fastidio en Ará Berá:

—Nosotros somos tan *caté* como ellos, aunque ellos tengan ganas de largar más plata.

Un análisis superficial indica, sin embargo, que existe una diferen-

ciación, siquiera sea en forma de tendencia. Los directivos de Copacabana se han reclutado preferentemente en la oligarquía terrateniente de ilustres apellidos (Sanabria, Goitia, Meana Colodrero); los de Ará Berá, en la ascendente burguesía de comerciantes y profesionales.

El esquema ayuda a comprender las características de ambos grupos. Ará Berá funciona todo el año con la eficacia de una empresa, ensayándose en los bailes y cobrando cuotas a sus asociados. Copacabana se dispersa el último día del corso, y un mes antes del nuevo carnaval su comisión directiva sale a juntar entre los amigos el millón que hace falta para poner la comparsa en movimiento.

Los triunfos ganados antes de 1966 apuntaban en el mismo sentido. Ará Berá ha sobresalido en comparsa, trabajo de equipo. Copacabana, en carroza y reina, valores individuales.

Más reveladora es la actitud del público. Pocos niegan la mayor popularidad de Ará Berá, aunque algunos la atribuyan a su nombre guaraní ("luz del cielo"). Copacabaneros sarcásticos les reprochan haber usado en sus protestas de 1964 carteles que decían "Ará Berá con el Pueblo", permitiendo que los siguieran imprevisas muchedumbres que coreaban el estribillo, completándolo: "Y el pueblo con Perón".

Voceros de Ará Berá aceptan estos favores casi en tono de disculpa. El único que asume claramente el compromiso de la popularidad es el coreógrafo Godofredo San Martín:

—Me gusta que la gente aplauda y se sienta con uno —dice—. Al fin y la cabo, el carnaval es el único espectáculo gratis que se le da a este pueblo.

### Reinas voladoras

Los instrumentos de la escuela de samba hicieron una brusca parada, las luces se apagaron y cinco mil personas alzaron la vista al cielo. Una enorme exclamación llenó el estadio del Club San Martín.

Del otro lado del muro y de la calle, un vasto pájaro blanco rodeado de globos y flores avanzaba suspendido a diez metros sobre las atónitas miradas y en él se balanceaba Graciela Ruiz (dieciséis años, alta, rubia), vestida con un traje de raso natural rosado y adornos de plumas y lentejuelas. Después los reflectores de las filmadoras y la TV hicieron visible el aparejo que la llevaba desde un primer piso vecino hasta el escenario donde iba a ser coronada como Graciela de Ará Berá.

Sobre el redoble de tambores y el estallido de las bombas de luces, el público corea hasta la fatiga el estribillo "A-rá-be-rá so-lo" mientras Graciela sonríe y saluda y "en su corazón alocado", como dijo un emocionado cronista de *El Litoral*, "bulle una fiebre demasiado preciosa, casi alada, que la embarga, y tanta beatitud que le causa su cetro, perla sus mejillas bajo el manto del nocturno estival".

A una semana del primer corso, el golpe resultó duro para Copacabana, que aún debía coronar a su reina. Se rumoreó que Marta Martínez Gallino (Kalí I) descendería sobre el estadio en un helicóptero. Se dijo que sobre las tribunas caería nieve artificial. Pero la víspera del primer corso Kalí surgió bruscamente ante sus adictos entre columnas de fuego y humo en lo alto de una tribuna, ante el mar de admiradores.

Otro mar golpeaba ese 19 de febrero a las puertas de la ciudad.

El Alto Paraná venía creciendo desde el 6. La onda se sintió en Corrientes el 16, cuando el río subió a 6,11. Ahora estaba en 6,40 y creciendo. En Formosa había llovido 600 milímetros y 15.000 personas estaban ya sin techo. Junto con los carnavales, se iba perfilando la más grande catástrofe del Litoral argentino.

### Las comparsas en la calle

El gigantesco zurdo Maracanhá y sus hermanos menores los zurdos y los bombos marcan el ritmo de samba que colma la noche y anuncia a la comparsa. La vanguardia de artillería instala sus morteros bajo el arco luminoso que invita al Carnaval Correntino y dispara sus primeras bombas de estruendo, sus cascadas de luces que se abren en el cielo, sus salvas de *foguets* Caramurú: ha empezado el espectáculo que la ciudad aguarda desde hace meses.

En trescientos palcos, doce tribunas y los espacios que dejan libres en los 1.800 metros de la Avenida Costanera, 50.000 personas aplauden. Cuando el grupo de acróbatas dirigidos por el "Gran Cacique" Godofredo San Martín hace su demostración inicial ante la tribuna de Ará Berá, el público estruja hasta el agotamiento los lemas partidarios. Frente a Copacabana, el grito que se oye es:

—¡Al circo! ¡Al circo!

De este modo empieza la gran batalla. Ará Berá este año es una tribu sioux en desfile de fiesta. Astados brujos y hechiceras, rosados flamencos, bastoneras multicolores, abren camino al grueso de compare-

ros ataviados de indios: las muchachas llevan trajes bordados en lentejuelas, polleras de flecos de seda y enormes tocados de plumas; los hombres visten de raso dorado y bailan empuñando un hacha.

En contragolpe con los grandes tambores, se oyen ahora los instrumentos menores de la escuela de samba, colocada en el centro: la *cuica* de raro sonido, los chucayos y tamborines, el *cuxé* y la *frigideira*, los panderos y el *recu-recu*. Siguiendo los cambiantes ritmos de samba lento, batucada o marcha, la comparsa baila desde que entra hasta que sale.

Copacabana 1966 presentó una fantasía titulada "Sueño de una noche de verano" con tema de cuento de hadas que incluía el catálogo completo de las fábulas: princesas, cortesanos, aves mágicas, un rey imaginario. Su escuela de samba era más débil, su coreografía más nebulosa, su vestuario más heterogéneo.

Cuando apareció la carroza, Rolando Díaz Cabral corrió a afeitarse la barba. Su optimismo era fundado, aunque todavía faltaban dos días de corso. Cada objeto estaba perfectamente terminado en la carroza construida por el carpintero Mario Buscaglia, pero la línea de conjunto (importante en un artefacto de tres acoplados y cuarenta metros de largo, tirado por dos tractores) era catastrófica; una dilatada llanura donde vagas ensoñaciones de lirás y cisnes nunca terminaban de ponerse de acuerdo con otras ensoñaciones de hadas y aves del paraíso.

La carroza de Rolando, en cambio, crecía armónicamente: de una verídica piragua conducida por un indio, a través de una simbólica ofrenda, hasta llegar a la embarcación real que, aunque históricamente licenciosa, daba al todo una línea sabia y ajustada. Por las dudas que alguien no reparase en tales menudencias, la carroza de Ará Berá superó en ocho metros a la de sus adversarios.

### Un rostro en la muchedumbre

—¡Guampudo!

El grito dirigido al Gran Brujo de los Sioux colmó de carcajadas la tribuna de Copacabana. Una hora después y cien metros más lejos Ará Berá se desquitaba con voces de falsete al paso de un gigantesco arlequín de ceñido traje:

—¡María Pochola!

Enfrentadas Costanera por medio, las tribunas 5 y 10 eran la culminación de la fiesta. Copacabana ondulaba de banderas, de pañuelos,

de brazos levantados. Ará Berá agitaba un vasto letrero, ensordecía con una sirena de barco, tapaba a la escuela de samba adversaria con una campana de bronce.

Sobre estos vaivenes crecían de pronto, como una marea, los encontrados nombres partidarios. Cuando el entusiasmo alcanzaba su clímax, conatos de baile espontáneo desbordaban la calle.

Fuera de las dos mil personas que colmaban las tribunas partidarias, la actitud del grueso del público era ambivalente. Estaban allí desde temprano, se apiñaban en las veredas, aplaudían, pero la fiesta se les escapaba. Eran espectadores del show, no partícipes de una alegría colectiva, como si estuvieran presenciando un partido de fútbol entre húngaros e italianos.

A prudente distancia, en calles vecinas, hombres vencidos, mujeres con resto de pánico en los ojos, chicos semidesnudos miraban con asombro el paso de las comparsas. Eran los primeros evacuados de Puerto Vilelas y Puerto Bermejo, sepultados bajo las aguas, que acampaban entre colchones y desvencijados roperos.

Una parte del pueblo correntino desfilaba, sin embargo, en las comparsas menores, donde muchachas morenas que acababan de dejar el servicio o la fábrica arrastraban sobre el pavimento los zapatos del domingo; en las carrozas de barrio, con sus reinitas calladas, sentadas, humildes; en las murgas que a veces parodiaban ferozmente el esplendor de los ricos; en las mascaritas sueltas que solemnizaban el disparate y en los vergonzantes "travestis".

Una triste figura de luto, disfrazada con la ropa de todos los días, de mezclado invierno y verano, sol y lluvia, insospechada imagen de tiempo, se paseaba metódicamente frente a la alegría, se santiguaba ante cada tribuna, y la absolvía con inaudible conjuro.

—¿Usted de quién es, señora?

La vieja se quita el cigarro de la boca y su cara se pliega en muchas arrugas.

—Yo soy independiente, m'hijo.

### Las faldas reales

Bailar a siete metros de altura: sonreír. Bailar sobre una plataforma de sesenta centímetros de lado: saludar. El tocado pesa ocho kilos: sonreír.

Las luces duelen enfocadas en la cara, los bichos enloquecidos en la

noche tropical se cuelan por todas partes. Hay mariposas y cascarudos invisibles desde abajo: mover suavemente las piernas bajo la catarata de lamé, la reina impávida ondula sobre el mundo ondulante.

Hay hileras de chicos morenos sentados en el cordón de la vereda, con sus enormes miradas, su admiración, sus palmoteos. Algunos están descalzos: pobrecitos. Las piedras brillan en sus ojos, las piedras verdes y rojas y cristalinas.

Hace quince años que baila, desde los cinco: español y clásico. También habla francés y canta. Su autor preferido es Morris West. La sonrisa le sale natural, no necesita repetir "treintaitrés", como algunas.

Detrás de la oscura masa de gente está el río, también oscuro. Lejos, del otro lado, unas luces pálidas: Barranqueras, dicen que está inundada. Aquí mismo el agua lame el borde de la escalinata, en la Punta San Sebastián. Pero no va a subir, el murallón es alto.

Copacabana, miles de banderas: cantar. Ará Berá, gestos burlones y aplausos aislados: una sonrisa especial para ellos, un fulgor adicional de majestad incommovible. Y que rabien.

El palco: su madre que grita, gesticula. Su padre, tranquilo como siempre, casi invisible. Su padre tiene un petrolero. Quiso llevarla al Japón, pero ella quiso estar aquí, y no en Japón; aquí, y no en Buenos Aires; con su comparsa y no en Europa: porque es comparsa de alma.

El palco del Gobernador, el jurado del que toda la comparsa desconfía. ¿Se atreverán? Entre tanto, sonreír, bailar frente a las cámaras de TV, los fotógrafos, los periodistas, el mar de luces blancas.

Ahora dan la vuelta, puede aflojarse un poco, espantar un bicho, sonreír con menos apremio. Del otro lado viene Graciela, las carrozas se cruzan. El tocado es lindo, una gran nube de plumas blancas que parecen incandescentes. Sólo que ahí gastaron todo. Graciela baila y sonríe, como ella. Ella o yo. Pero Kalí se siente segura, recamada de piedras, mecida en sus cincuenta metros de tul.

Los dioses son caprichosos. A esa hora los seis jurados del corso unidos por telepática convicción anotaban en sus tarjetas un nombre casi desconocido que no era el de Kalí y no era el de Graciela.

### Final del juego

Ser jurado del corso es en Corrientes la manera más sencilla de perder una reputación.

—Aquí nadie puede ser neutral—dijo a *Panorama* el doctor Raúl (Pino) Balbastro, traumatólogo, presidente de Copacabana.

Sobre esta hipótesis, Copacabana había exigido un jurado “foráneo”: Ará Berá se opuso. Copacabana amenazó retirarse. A último momento, con intervención del Intendente y del Gobernador, se llegó a una transacción: el municipio designaba a tres jurados locales; el Gobernador invitaba a tres “foráneos”. Entre los primeros estuvo el general Laprida, comandante de la 7ª División.

En la noche del 26 de febrero más de 6.000 personas se congregaron en el Club San Martín para escuchar el veredicto. Las comparsas en pleno cubrían las tribunas y en el estrado de honor aguardaban Graciela y Kalí, mientras en una reducida oficina del club se apiñaban nerviosamente doce personas entre autoridades, jurados y delegados.

Una veintena de reinas de barrio y de comparsas menores tenían derecho a competir por el reinado de carnaval. Todas fueron debidamente coronadas, agasajadas, fotografiadas. Pero nadie, en la calle, les daba la menor chance.

Se abrió la urna y se extrajo el primer voto, Favorecía a Ana Rosa Farizano, reina del barrio Cambá-Cuá. Un voto “foráneo”, alcancé a pensar, mientras se abría el segundo, también favorable a Ana Rosa. Y el tercero y el cuarto, hasta llegar a seis a cero. El doctor Balbastro palideció apenas.

En cinco minutos estuvo consumado el desastre de Copacabana. Premio de carrozas: Ará Berá. Premio de comparsa: Ará Berá.

Al leerse el fallo, Kalí I consiguió mantener una impávida sonrisa mientras su mano izquierda desgarraba suavemente el tul de su vestido.

El desastre era más completo de lo que parecía a primera vista. Cuando encontramos a Ana Rosa (hasta ese momento no teníamos de ella una sola foto, una declaración), nos dijo:

—Siempre he sido partidaria de Ará Berá.

En una votación de rara unanimidad el jurado había conseguido lo que parecía imposible: dar a Ará Berá los tres premios, dos en propiedad y uno a través de una reina alisada.

En esos tensos momentos del último sábado de carnaval los altavoces del club llamaban con urgencia al prefecto Blanco, que era uno de los miembros del jurado. Pero no se trataba de corregir los fallos ni de modificar su cuidadosa redacción. Como prefecto general de la zona, era el encargado de dirigir las operaciones de salvamento, rescate y defensa contra la inundación.

Formosa estaba tapada. En el centro de Resistencia, río por medio, se andaba en canoa. Había 75.000 evacuados. “La economía litoraleña”, dijo un sobrio despacho de prensa, “ha quedado destruida”.

En el centro de ese mundo en derrumbe, Corrientes era una isla de fiesta.

### Lluvia y sordina

Los voceros más moderados de Copacabana aceptaban los fallos de comparsa y carroza. El de reina los enfurecía. En casa de los Meana Colodrero, la desolación era indescriptible, los llantos femeninos menudeaban, y la señora Gallino de Martínez amenazaba dejar sin petróleo a Corrientes...

En pocos minutos, sin embargo, la comparsa se reorganizó y tuvo su momento más feliz. Reunida en pleno en la calle, prorrumpió en un baile espontáneo y ardoroso, entre el estruendo de las bombas que habían reservado para el triunfo. El doctor Balbastro cruzó su coche en la calle cortando el tránsito. Los automóviles de Ará Berá o de la Comisión Central del Carnaval que intentaron pasar fueron detenidos, zamarreados, abucheados. Cuando quiso intervenir la policía, el subsecretario Piazza la sacó con cajas destempladas.

A esas altas horas de la noche correntina, las linotipos terminaban de componer fatídicos titulares: “*Se extiende la inundación*”, “*Remolcador hundido en Barranqueras*”, “*Fiebre amarilla en Corrientes*”.

Copacabana sólo pensaba en vengar el agravio. El domingo no saldrían al desfile triunfal de las comparsas. O mejor, saldrían llevando de reina en carroza a una mona, propiedad de los Meana Colodrero.

El gobierno municipal se anticipó. Con exquisito sentido de la oportunidad, decretó la suspensión del desfile... por solidaridad con los inundados.

### Números, argumento y defensa

Contra un fondo de pobladas tribunas se deslizaba una triste murga de inundados, campesinos en ruinas, electores desengañados. El verisíto decía:

*Sobre la gran fiesta  
de máscara y farsa  
paseó su tristeza  
la agraria comparsa.*

De este modo satirizaba Chaque, el filoso humorista de *El Litoral*, el contraste entre el lujoso carnaval ciudadano y la miseria del campo.

El gobierno provincial y el municipio aportan a los corsos una suma próxima a los diez millones de pesos. Las dos comparsas principales gastan en trajes catorce millones; en trajes de reina, dos millones; en carrozas, dos millones y medio; en cohetería, medio millón. Total, 29 millones.

Como dato comparativo puede citarse el presupuesto que anualmente dedica la provincia de Corrientes a la enseñanza media y artística: 28 millones 200 mil pesos.

En cada oportunidad que se le presentó, *Panorama* propuso el argumento a los comparseros. Alicia Gane (Copacabana) opinó que la pasión y el entusiasmo que Corrientes vuelca en su carnaval podrían canalizarse mejor, pero que entre tanto, es importante comprobar que existen. El pintor Rolando Díaz Cabral sostuvo que el carnaval da a los numerosos artistas que trabajan en él la posibilidad de una comunicación masiva.

—Aquí usted hace una exposición y la ven cien personas. Una carroza la ven cien mil. Y una carroza también puede ser arte.

El coreógrafo San Martín coincide y va más lejos:

—Con suprimir el carnaval —dice—, no se eliminaría uno solo de los males que sufre el pueblo correntino. Al contrario, se le quitaría la única diversión gratuita.

Pero ¿hay diversión? El interventor municipal, capitán Belascoain, pone en pasado esta definición: “Un producto de escenario donde el lujo y la rivalidad se enseñoreaban”. Por ahora, eso es presente, a pesar de sus loables propósitos de “devolver el carnaval al pueblo, para que lo viva conforme a su propia manera de divertirse”.